

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Nº 759
Año LI
SEPTIEMBRE 1994

Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Director: Fernando Serrano

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.

Peligro, 8. Barcelona

Depósito Legal: B-15860-58

LA SOCIEDAD CATÓLICA ACTUAL Y EL RECUERDO DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

Mis palabras quieren ser una invitación a reflexionar sobre la responsabilidad que recae sobre todos nosotros como amigos de aquellos que supieron cumplir la exigencia evangélica de obedecer a Dios antes que a los hombres y dieron la vida por Dios y por España, y por tanto por nosotros, durante la persecución religiosa de 1936 a 1939. Dieron su vida en testimonio público de su fe y de su amor, amor a Cristo, amor a España, amor por todos aquellos que fueron sus contemporáneos y por todos nosotros, para que, alentados por su ejemplo, siguiéramos fieles a la fe que hemos recibido y profesamos. Es una responsabilidad alentada y estimulada por su ejemplo de fortaleza, de fe y especialmente de caridad.

Contemplar con admiración y reflexionar sobre su ejemplo es un motivo para todos nosotros de agradecimiento, de responsabilidad y también de esperanza. Esperanza por la fuerza que brota del ofrecimiento de sus vidas y por la confianza que genera saber que tenemos tantos intercesores que, habiendo pasado por la gran tribulación, lavaron ya sus vestiduras, las blanquearon con la sangre del Cordero y están delante del trono de Dios intercediendo por España para que siga fiel a la misma causa por la que ellos derramaron su sangre. Sería una de las desgracias más grandes para la Iglesia en España que se olvidara su ejemplo, no sabiendo ser fieles a la amistad que nos mostraron con el ofrecimiento de sus vidas.

Cuando ya se empezaba en algunos ambientes eclesíásticos a considerar contraproducente e incluso contrario a la caridad cristiana el recuerdo de los mártires, el papa Juan XXIII, con motivo de la peregrinación de la archidiócesis de Tarragona presidida por su cardenal arzobispo, para llevar a Roma los procesos canónicos

de los mártires para que los aprobara la Santa Sede, les envió un mensaje el 31 de enero de 1959 en el que afirmaba:

«Todavía están recientes los sufrimientos de los sacerdotes, religiosos y seglares que en esa Archidiócesis —igual que en toda la católica nación española— dieron pruebas del amor que tenían a su fe y de la poca estima de las cosas terrenas... El ejemplo de ellos será llama que avive el fervor de esta amada grey en una vida constantemente piadosa».

Pertenece a un pueblo de mártires, pertenecemos a un pueblo que ha sido capaz de dar a toda la Iglesia el testimonio cristiano de mayor heroísmo en la historia reciente; de amor a su fe, recibida como el don más precioso de su vida en el seno de sus familias cristianas. Esta es nuestra riqueza, esta es nuestra responsabilidad, esta es nuestra esperanza.

Tenemos necesidad de recordar su ejemplo. Es grande el bien que esperamos de su elevación a los altares. Estamos en un tiempo en que, como afirma Juan Pablo II en la encíclica *Veritatis splendor*, es necesario tener presente que la exigencia de la vida cristiana nos puede llevar al martirio. Quien no esté dispuesto a ello, no está dispuesto a vivir las exigencias de la fe y la moral cristianas. El martirio es siempre un triunfo de la gracia de Dios sobre la debilidad de las fuerzas humanas, pero esta gracia tan especial del martirio ha venido precipitada ordinariamente por unas vidas llenas de fe y de amor a Cristo, a su Iglesia y a los hombres.

El martirio es el ejercicio de la virtud moral de la fortaleza, pero es fruto de la virtud teologal de la caridad. De aquí proviene el mérito del acto martirial. El martirio es dar la vida en un testimonio público de la fe o de

la defensa de aquellas verdades de orden moral y natural conexas directamente con la fe. Y, por tanto, manifestación de la fe. Así podemos recordar el ejemplo de Juan el Bautista que murió mártir de la verdad y de la justicia, como reza la Iglesia en la oración litúrgica de la misa de este santo. Este testimonio público de la fe cuando es exigido por las circunstancias es un acto de caridad. Santo Tomas así lo señala: cuando el honor de Dios o el bien del prójimo lo demanda, es un deber manifestar públicamente la fe. Y destaca en qué circunstancias el bien del prójimo es fuente de esta exigencia: cuando corre peligro la fe, ya sea para que la conozcan o para confirmar a los que ya la tienen o también para contener la audacia de los infieles. Como afirma Juan Pablo II, «el martirio es un signo preclaro de la santidad de la Iglesia: la fidelidad a ley santa de Dios atestiguada con la muerte, es anuncio solemne y compromiso misionero». Siempre está presente en el martirio este carácter público urgido por la caridad. Por ello el papa agrega: «Semejante testimonio tiene un valor extraordinario a fin de que no sólo en la sociedad civil, sino incluso dentro de las mismas comunidades eclesiales no se caiga en la crisis más peligrosa que puede afectar al hombre: la confusión del bien y del mal». Y concluye el papa en la encíclica *Veritatis splendor*: «Si el martirio es el testimonio culminante de la verdad moral, al que relativamente pocos son llamados, existe no obstante un testimonio de coherencia que todos los cristianos deben estar dispuestos a dar cada día, incluso a costa de sufrimientos y de grandes sacrificios».

Hemos ido repitiendo a lo largo de estas breves

reflexiones el recuerdo de los mártires. Es un deber, cuando tantos mártires esperan su beatificación, rezar y trabajar (y apoyar a Hispania Martyr es un modo eficaz de cumplir con este deber), para que no se detenga lo iniciado con la beatificación de las mártires de Guadalupe, y seguido de tantas decenas de beatificaciones; hay que trabajar y rezar para que pronto sea una realidad la beatificación del obispo de Barcelona Irurita; en fin, hay que ser fieles a la responsabilidad de un pueblo de mártires para que pueda seguir diciéndose lo que decía Juan XXIII refiriéndose a España: «esta nación católica». Para que la fe presida nuestras vidas privadas y nuestra vida pública. Para ello murieron nuestros mártires; este es el legado que nos han dejado a nosotros sus amigos. Esta exigencia fue expresada con gran vigor por el sacerdote Lluís Carreras en su libro *Grandeza cristiana de España* (Toulouse, 1938). Creemos que sus palabras serán la mejor síntesis de todo lo que hemos intentado decir:

«La gloria de nuestros Mártires y Confesores no ha de ser un bello patrimonio, ofrecido tan sólo a la contemplación del mundo. Sus méritos y ejemplos, sus virtudes e intercesiones, han de convertirse en nuestra riqueza sobrenatural, estímulo de perfecciones, eficacia renovadora en la vida de cada uno de los españoles, en la recristianización de toda nuestra sociedad recobrada en sus tradiciones, enderezada a un más alto sentir, a un más perfecto obrar, a una justicia superior.

José M. Alsina Roca

RAZÓN DE ESTE NÚMERO

El artículo que sirve de pórtico al presente número de *CRISTIANDAD* es el extracto de la conferencia que su autor, José M. Alsina Roca, pronunció en junio del presente año en Barcelona, con motivo de la entrega de un premio de investigación histórica sobre los mártires de la persecución religiosa de 1936 a 1939, promovido por Hispania Martyr. Con este número monográfico, todo él dedicado a los mártires, *CRISTIANDAD* quiere sumarse al esfuerzo de esta benemérita institución en la tarea de dar a conocer la vida y el ejemplo de tantos hombres y mujeres que «supieron cumplir la exigencia evangélica de obedecer a Dios antes que a los hombres

y dieron la vida por Dios y por España, y por tanto por nosotros».

El premio a que nos referimos se otorgó a un estudio sobre la vida y el martirio del joven leridano Francisco Castelló Aleu, de los que también damos una breve noticia. En el lamentable capítulo de los silencios, el que cubre el recuerdo de los mártires seculares es superior, si cabe, al que oculta la memoria de los sacerdotes y religiosos. Su ejemplo debería ser estímulo para los que vivimos en un mundo en el que dar la vida por Dios y por los hermanos, o cualquier sacrificio o renuncia, es visto como carente de sentido.

TEOLOGÍA DEL MARTIRIO

Eudaldo Forment

1. El martirio y la fortaleza

El tratado *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*, del papa Benedicto XIV, publicado en 1737, la mejor síntesis teológica del martirio, ofrece su noción canónica, que se ha utilizado para establecer las condiciones necesarias para canonizar a un mártir como tal. En esta obra, que ofrece además una riquísima casuística teológico-moral, se recoge la teología de santo Tomás sobre el martirio, que asume toda la tradición anterior, especialmente de la literatura patristica.

El Aquinate le dedica una cuestión de la segunda sección de la Segunda Parte de la *Suma Teológica*, dividida en cinco artículos. Se encuentra en el tratado de la virtud cardinal de la fortaleza, porque considera el martirio como su acto más perfecto.

La virtud de la fortaleza, tanto la natural o adquirida como la infundida por la gracia santificante, es una virtud cardinal, o sobre la que descansan y se derivan otras virtudes, que da firmeza al apetito irascible y a la voluntad, para resistir y atacar los peligros, para mantenerse en la consecución de un bien arduo o difícil, incluso ante la muerte. El martirio es un acto de esta virtud, porque, como explica santo Tomás: «Es propio de la fortaleza mantener firme al hombre en el bien de la virtud contra los peligros, sobre todo contra los peligros de muerte, particularmente de la muerte en la guerra. Mas es evidente que, en el martirio, el hombre es confirmado en el bien de la virtud de una manera singular, al no abandonar la fe y la justicia ante los peligros de muerte, que amenazan inminentes, en una especie de combate particular, de parte de los perseguidores (...) El martirio es, pues, *acto de fortaleza*».¹

El martirio es el *acto principal* de la fortaleza, porque si lo primordial en esta virtud es la resistencia ante el mal, la mayor que pueda darse es el llegar a entregar la propia vida, antes que apartarse de la virtud o abandonar la fe. El martirio se relaciona, por consiguiente, en primer lugar, con la virtud de la *fortaleza*. Puede decirse que es una *virtud elícita* en cuanto brota directamente de la fortaleza, como su acto principal. En segundo lugar, con la virtud de la *paciencia*, parte de la fortaleza, que inclina a soportar los padecimientos físicos y morales,

sin dejarse abatir por el desánimo o la tristeza.

Indica, por ello, santo Tomás: «El acto principal de la fortaleza es soportar, y a él pertenece el martirio, no al acto secundario, consistente en atacar. Y, como la paciencia ayuda a la fortaleza en su acto principal, se alaba también la paciencia de los mártires».²

2. La fe, finalidad del martirio

Además de la fortaleza y de la paciencia, la virtud teologal de la fe también guarda relación con el martirio. Según santo Tomás: «Así como la fortaleza natural afirma al hombre en la justicia humana, por cuya conservación tolera los peligros de muerte, así la fortaleza infusa le afirma en el bien “de la justicia de Dios por la fe en Cristo” (Rom 3,22), como dice san Pablo. Por eso la fe es, respecto del martirio, el *fin* en el cual se fortifica el justo; y la fortaleza como el *hábito productor* del mismo».³ La fe es la causa del martirio, es la virtud final por la que se sufre el martirio.

La finalidad de la fe es esencial en el martirio. Precisamente: «La palabra griega “martyr” significa “testigo”. El testimonio que se da es el de la fe en Cristo, conforme a la frase de la Escritura: “Seréis mis testigos en Jerusalem» (Act. 1,8)”.⁴

Si no se muere por la *fe cristiana*, no hay verdadero martirio. Añade el Aquinate: «Como queda dicho, “mártires” significa “testigos”, puesto que con sus tormentos dan testimonio de la verdad hasta morir por ella; no de cualquier verdad, sino “de la verdad que se ajusta a la piedad” (Tit. 1,1) la cual nos ha sido dada a conocer por Cristo. De ahí les viene también el nombre de “mártires de Cristo”, como testigos suyos».⁵ Por consiguiente: «No se dice mártir al que da testimonio de cualquier verdad, sino sólo de la verdad divina, ya que de lo contrario, sería mártir el que muriese por una verdad de geometría o de cualquier otra ciencia especulativa».⁶

Sin embargo, si se sufre la muerte en defensa de una *virtud cristiana* hay verdadero martirio, porque: «A la verdad de fe pertenece no sólo la creencia del corazón, sino la manifestación externa, que se hace tanto con palabras por las cuales se confiesa esa fe, cuanto por hechos por los que uno muestra sus creencias, (...) Por

esto, todas las obras virtuosas en cuanto referidas a Dios, son manifestaciones de la fe, en la cual se nos hace saber que Dios las exige de nosotros y nos premia por ellas. Por tanto, pueden ser causa del martirio. Así, celebra la Iglesia el martirio de san Juan Bautista, que no sufrió la muerte por defender la fe, sino por haber reprendido un adulterio».⁷

Todo acto virtuoso hecho por Dios es también una profesión de fe. El dar la vida por él es a su vez hacerlo por la fe cristiana. Como argumenta seguidamente santo Tomás: «Se llama cristiano al que es de Cristo. Y decimos que es de Cristo no sólo por practicar su fe, sino porque realiza las obras de virtud movido por el espíritu de Cristo (...) Por consiguiente, padece como cristiano no sólo el que padece por la confesión verbal de la fe, sino todo el que padece por hacer un bien y evitar un mal por Cristo, porque todo ello cae dentro de la confesión de fe».⁸

3. La caridad, motivo del martirio

El martirio, por último, se relaciona con la virtud teologal de la caridad, por la que se ama a Dios por sí mismo sobre todo, y a nosotros mismos y al prójimo por Dios. La caridad, la virtud más excelente de todas, que produce el gozo espiritual, la paz y la misericordia, es la que mueve al martirio. La caridad es la *virtud imperante*, la que impulsa a sufrir el martirio.

En la caridad, cuyo acto principal es el amor, está el origen del acto virtuoso del martirio: «La caridad inclina al acto del martirio como *primero y principal motivo* o como *virtud imperante*; la fortaleza, como *motivo propio* y *virtud efectiva* del mismo. De ahí que el martirio sea acto de la caridad como virtud imperante, y de la fortaleza como principio del que emana». Añade santo Tomás que: «Por eso resplandecen en el martirio ambas virtudes; pero el mérito le viene de la caridad, como a todo acto virtuoso, de suerte que sin ella no tiene valor alguno».⁹

La caridad, como virtud imperante, influye en mayor medida y profundidad que la virtud elícita, la fortaleza, en el martirio. De ello, se sigue que es el *supremo acto externo* de caridad que se puede realizar en esta vida. «El martirio es, entre todos los actos virtuosos, el que más demuestra la perfección de la caridad, ya que tanto mayor amor se demuestra hacia una cosa cuanto más amada es la que se desprecia por ella y más odiosa lo que se elige. Y es evidente que el hombre ama su propia vida sobre todos los bienes de la vida presente, y, por el contrario, experimenta el odio mayor hacia su muerte, sobre todo si es con dolores y tormentos corporales (...)

Según esto, aparece manifiesto que el martirio es, entre los demás actos humanos, el más perfecto en su género, como signo de mayor caridad, puesto que según San Juan: «Nadie tiene mayor amor que este de dar uno la vida por sus amigos» (Io, 15,13).¹⁰

A esta doble supremacía del acto del martirio en la fortaleza y en el signo de la caridad, alude el párrafo completo que le dedica el *Catecismo de la Iglesia católica*. Ambas las relaciona con la fe, cuya profesión también es *suprema*. Se declara en el mismo que: «El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe: designa un testimonio que llega hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo, muerto y resucitado, al cual está unido por la *caridad*. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de *fortaleza*. «Dejadme ser pasto de las fieras. Por ellas me será dado llegar a Dios» (S. Ignacio de Antioquía, Rom 4,1)».¹¹

El Concilio Vaticano II también se ha referido a la excelencia del martirio por su superioridad en la caridad. En la *Lumen gentium* se lee: «Así como Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su caridad ofreciendo su vida por nosotros, nadie tiene un mayor amor que el que ofrece la vida por El y por sus hermanos (cf. 1 Io, 3,16; Io 15,13). Pues bien: ya desde los primeros tiempos algunos cristianos se vieron llamados, y otros se encontrarán llamados siempre, a dar este máximo testimonio de amor delante de todos, principalmente delante de los perseguidores. El martirio, por consiguiente, con el que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, asemejándose a Él en el derramamiento de su sangre, es considerado por la Iglesia como un supremo don y la *prueba mayor* de la caridad. Y si ese don se da a pocos, conviene que todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia».¹²

En la *Declaración sobre la libertad religiosa*, del Vaticano II, también se presenta el martirio como una *disposición* del cristiano, que viene exigida por la virtud teologal de la caridad, en cuyo crecimiento y perfección consiste la perfección cristiana. Después de manifestar que el anuncio y la enseñanza de la verdad es misión de la Iglesia, se añade: «Procuren, además, los fieles cristianos comportarse con sabiduría ante los de fuera, difundir en “el Espíritu Santo, en caridad no fingida, en palabras de verdad” (2 Cor 6,6-7), la luz de la vida con toda confianza y fortaleza apostólica, incluso hasta con el derramamiento de sangre».¹³

La excelencia del martirio debe ser reconocida in-

cluso en el que han sufrido los hermanos separados. En el *Decreto sobre el ecumenismo*, ha declarado el Concilio: «Es necesario que los católicos, con gozo reconozcan y aprecien en su valor los tesoros verdaderamente cristianos, que, procedentes del patrimonio común, se encuentran en nuestros hermanos separados. Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y las virtudes en la vida de quienes dan testimonio de Cristo, y, a veces, hasta el derramamiento de su sangre: porque Dios es siempre admirable y digno de admiración en sus obras».¹⁴

4. Primera condición

Santo Tomás, en la cuestión del martirio, de la *Suma Teológica*, además de relacionarlo con las cuatro grandes virtudes cristianas, fortaleza, paciencia, fe y caridad, establece dos condiciones esenciales para que exista verdadero martirio. La primera es que haya un *perseguidor* de la fe o de otra virtud cristiana, autor de la muerte de aquel que no cede a su petición maligna.

El martirio no es un suicidio por motivo religioso. El mártir no se suicida, no se quita la vida, sino que es víctima de un *homicidio*, le quitan la vida. Además, siempre «es absolutamente ilícito suicidarse (...) porque la vida es un don dado al hombre por Dios y sujeto a su divina potestad, que mata y hace vivir. Y, por tanto, el que se priva a sí mismo de la vida peca contra Dios». Es también pecado mortal, «por ir contra la ley natural y contra la caridad», que mandan el amor a sí mismo ordenado. Asimismo implica una injuria a los derechos de la sociedad.¹⁵

Dios únicamente ha concedido ser administrador de la propia vida. «El hombre se constituye en señor de sí mismo por el libre albedrío; y, por lo tanto, puede disponer de sí mismo en aquellas cosas que pertenecen a esta vida, la cual se rige por el libre albedrío del hombre. Pero el tránsito de esta vida a otra más feliz no está sujeto al libre albedrío del hombre, sino a la potestad divina; y por esta razón no es lícito al hombre darse muerte para pasar a otra vida más dichosa».¹⁶ En el martirio no se da el suicidio, sino homicidio. El mártir únicamente no evita su muerte en aras a no verse obligado a hacer el mal, lo cual, en cambio, es perfectamente lícito.

El martirio es un *acto voluntario* en cuanto a la aceptación de la muerte, a que se le quite la vida. Precisamente por este carácter voluntario puede ser *virtuoso*. «Es esencial al martirio el mantenerse firme en la verdad y en la justicia contra los ataques de los perseguidores. De donde es patente que el martirio es acto virtuoso».¹⁷

5. Efectos del martirio

A la objeción contra su voluntariedad, de que «el martirio a veces no lo es, como sucedió en el caso de los santos inocentes»,¹⁸ contesta, seguidamente santo Tomás: «Algunos dijeron que a los Inocentes se les adelantó milagrosamente el uso del libre albedrío, con lo cual su martirio fue voluntario. Pero, no pudiéndose probar esto por la autoridad de la Escritura, debe decirse más bien que estos niños consiguieron por la gracia divina lo que los demás merecen por su propia voluntad, ya que el derramamiento de sangre por Cristo hace las veces de bautismo.

Por consiguiente, así como en los niños bautizados los méritos de Cristo obran en ellos por la gracia bautismal para obtener la gloria, así a los niños muertos por Cristo dichos méritos les dan la palma del martirio».¹⁹

Se llama «bautismo de sangre» al martirio sufrido antes de recibir el sacramento del bautismo, porque produce los mismos efectos principales que el bautismo de agua: el *perdón* de todos los pecados absolutamente, la infusión de la *gracia santificante* y el transmitir el derecho a disfrutar de la *posesión de Dios* en la vida eterna. Explica santo Tomás que: «El bautismo del agua recibe su eficacia de la pasión de Cristo, en la cual Él nos injerta; y posteriormente del Espíritu Santo, que es su causa primera. Y si bien el efecto depende de la causa primera, ésta sobrepasa los límites de aquél y es independiente de él. Por lo mismo, aún sin el bautismo de agua se puede conseguir el efecto sacramental por la pasión de Cristo, identificándonos con ella mediante el sufrimiento. Y así se lee en Apoc. 7, 14: “Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero”».²⁹

El martirio, tanto en los niños como en los adultos, produce la remisión total de los pecados, tanto el pecado original como los actuales, el perdón de toda pena debida a ellos, tanto eterna como temporal, y la salvación eterna. Morir por Cristo es vivir con Él en la gloria, y de un modo inmediato, sin necesidad de ninguna purificación. El mártir no pasa por el purgatorio, va inmediatamente al Cielo.

Santo Tomás da la siguiente razón: «El acto de dar la sangre por Cristo (...) merece el nombre de bautismo, porque produce los efectos del bautismo de agua; y este recibe su eficacia de la pasión de Cristo y del Espíritu Santo (...) Pero, aunque ambas causas actúan en cualquiera de los bautismos, ejercen *mayor eficacia* en el de sangre. Y es que la pasión de Cristo opera en el bautismo de agua en cuanto se halla representada en éste de una forma simbólica (...) pero en el de sangre, por

imitación de la misma pasión. El Espíritu Santo, a su vez, obra en el bautismo de agua por cierta virtud oculta (...) Pero en el de sangre actúa por un especialísimo ímpetu de amor y afecto, como leemos en Io, 15,13: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos».²¹

El martirio, por ser una *verdadera imitación* de la pasión y muerte de Cristo, produce la salvación y más eficazmente que el bautismo sacramental. A su vez, destruye toda pena debida a cualquier pecado. «La muerte por Cristo tiene la misma eficacia que el bautismo. Y así limpia de toda culpa mortal y venial».²² El mártir va inmediatamente al Cielo, como lo haría un adulto que muriese después de recibir el bautismo, sin haber cometido ningún nuevo pecado.

6. Segunda condición

Otra condición esencial para que se dé el martirio, señalada por santo Tomás, es que se padezca la *muerte*. Reconoce que «además de la muerte, hay otras adversidades que pueden sufrirse por la fe de Cristo, como son la cárcel, el destierro, el despojo de los bienes».²³ Sin embargo, advierte que: «no es propiamente martirio el soportar sólo la cárcel, el destierro o el despojo de los bienes, a no ser que de ello se siga la muerte».²⁴

Para ser mártir no basta desear serlo, ni siquiera sufrir penalidades y dolores en defensa de la fe o de otra virtud cristiana. Se requiere la muerte temporal, que se ha aceptado voluntariamente para ser mártir efectivamente.

El motivo que da santo Tomás es que «mártir significa testigo de la fe cristiana, la cual, según San Pablo, nos propone el desprecio de las cosas visibles por las invisibles (Heb 11; II Cor 4,17). Es pues esencial al martirio que el hombre dé testimonio de la fe, demostrando con sus obras que desprecia todo lo presente por la adquisición de los bienes invisibles. Pero, mientras le queda la vida corporal, no ha demostrado todavía de obra que desprecia todas las cosas temporales, ya que los hombres siempre pospusieron a los familiares y todos los bienes, y aun han sufrido dolores corporales por conservar la vida (...) De donde se desprende que, para que se dé perfecta noción de martirio, es preciso sufrir la muerte por Cristo».²⁵

Precisa, a continuación, que, no obstante, «se puede hablar del martirio por una cierta analogía», como en el caso de martirios del corazón o morales.²⁶ Así, la Santísima Virgen María, que no sufrió muerte corporal, pero principalmente por acompañar a Cristo al pie de la cruz, es la Reina de los mártires.

Al comentar esta cuestión, escribió Cayetano: «El acto de amor con que la Santísima Virgen amaba a Dios fue más perfecto que el martirio de San Pedro y demás santos; no el más perfecto en su género, pero sí según el grado de caridad (...) sin que por eso fuera más perfecto que todo martirio, ya que el martirio de Cristo —quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad— fue, entre todos los actos humanos, el más perfecto, tanto por su género como por el grado de caridad de la víctima».²⁷

NOTAS

1. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, II-II, q. 124, a. 2, in c.
2. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 2, ad 3.
3. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 2, ad 1.
4. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 2, ob. 1.
5. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 5, in c.
6. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 5, ob. 2.
7. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 5, in c.
8. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 5, ad 1.
9. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 2, ad 2.
10. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 3, in c.
11. *Catecismo de la Iglesia católica* (versión en español), Madrid, Asociación de Editores del Catecismo, 1992, n. 2473.
12. *Lumen gentium*, 42 b.
13. *Dignitatis humanae*, 14 c.
14. *Unitatis redintegratio*, 4 h.
15. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, II-II, q. 64, a. 5, in c.
16. *Ibid.*, II-II, q. 64, a. 5, ad 3.
17. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 1, in c.
18. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 1, ob. 1.
19. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 1, ad 1.
20. *Ibid.*, III, q. 66, a. 11, in c.
21. *Ibid.*, III, q. 66, a. 12, in c.
22. *Ibid.*, III, q. 87, a. 1, ad 2.
23. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 4, ob. 3.
24. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 4, ad 3.
25. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 4, in c.
26. *Ibid.*, II-II, q. 124, a. 4, ad 1.
27. CAYETANO, In II-II, q. 124, a. 3, in c.

RIEGO DE SANGRE

† ISIDRO, CARD. GOMÁ Y TOMÁS,
Arzobispo de Toledo.

Hoy cumple un año del comienzo de la guerra. Cuando se escriba su historia, uno de los capítulos más interesantes será el del martirio que han sufrido en ella millares de hijos de la Iglesia. A ellos, flor de virtudes cristianas y del más puro heroísmo, dedicamos estas líneas.

Mártir equivale a «testigo». Lo es el cristiano que rubrica con su sangre su fe sobrenatural en la verdad del Cristianismo, considerado como hecho histórico y como verdad revelada. Y de estos cristianos valerosos, España, desde julio del año pasado, ha añadido millares a su martirologio secular, gracias al furor antidivino de una de las partes contendientes en la lucha.

No es mártir todo el que muere por una convicción. El indio infeliz que se suicida echándose bajo las ruedas del carro que transporta su ídolo, el galo que se mutilaba vergonzosamente en honor de Cibeles, o el musulmán que saja su cuerpo o se arroja a los pies de los caballos en días de gran fiesta, no son mártires. Un fanático, enloquecido por el paroxismo religioso no es apto para testigo.

Tampoco lo es un anarquista, que parece víctima voluntaria del artefacto con que quiso destruir la sociedad; el odio no es fuente del verdadero martirio, a cuya base está siempre el amor.

La filosofía tampoco tiene mártires. No los tiene, primero, porque la filosofía no produce más que una opinión, y nadie se deja matar por una pura manera de opinar: ya se lo reprochaba San Justino a los paganos y herejes de su tiempo: «Nadie —decía el gran apolo-gista— ha creído a Sócrates hasta el punto de dejarse matar por él». Y luego, porque una filosofía, especulativa de por sí, no puede imponerse a la vida como una ley que obligue a sacrificarla en su defensa.

Ni las religiones paganas han tenido mártires, porque ninguna de ellas ha exigido la vida de sus adeptos, ni éstos pusieron racionalmente una equivalencia entre su convicción religiosa y su vida. Hiciéronse, tal vez, matar, por sus dioses, por miedo, por instinto religioso, por el furor divino que trastornó el equilibrio de sus facultades anímicas. Pero ni la verdad fue el altar en que se inmolaron, ni el amor la cuchilla moral que les quitó la vida.

Para el martirio se requieren dos condiciones, que corresponden a las dos más altas facultades de la vida

humana, la verdad y el amor: un pensamiento profundamente solidarizado con una verdad objetiva, o a lo menos que históricamente se haya objetivado, y una voluntad inquebrantable de no apartarse de esta verdad, aunque en no dejarla vaya la vida. Es precisa, además, una posición espiritual correspondiente a la dignidad de la inteligencia y del amor humanos: serenidad de pensamiento, aunque el cuerpo flaquee ante la muerte, y fuerza de voluntad que llegue a posponer la propia vida y sacrificarla al imperio de la verdad religiosa.

Una condición más, que no depende del hombre y sin la que no pudieran llenarse las otras: la gracia de Dios. No muere mártir el que quiere, sino aquel a quien Dios hace la merced de la luz y de la fuerza para morir por Él. Lo concretaba la mártir Felicitas cuando en su prisión de Cartago decía al verdugo que trataba de aturdira con la visión de los futuros tormentos: «Entonces tendré otro en mí, que sufrirá por mí, porque yo sufriré por Él».

En estas condiciones, el martirio es prueba de la verdad histórica del Cristianismo, la consagración de la verdad del Evangelio por la sangre de sus hijos, el testimonio de la conciencia humana, fuerte, iluminada, pura, en favor de Jesucristo y de su Iglesia y de todo el sistema de verdades que Jesucristo reveló y que la Iglesia conserva en depósito a través de los siglos. Porque es la realización de las profecías de Jesús, una prueba de la asistencia divina y un tributo de dolor y de sangre que no se explica sin la intervención sobrenatural de Dios, que así quiere robustecer, ante los ojos humanos, la verdad de la porción de Verdad que quiso revelar a los hombres.

Es riego de sangre que, en veinte siglos, no ha cesado de empapar la tierra de la Iglesia y dar lozanía perpetua al Cristianismo. «Yo creo en las historias cuyos testigos se dejan matar», ha escrito Pascal. Dios no ha querido que faltaran víctimas de la fe, en ningún siglo, para que su sangre fuese semilla de cristianos nuevos y vigor de los que ya lo son. Y nos los ha dado a España, copiosos, en el año de lucha que hoy se cierra.

Sacerdotes y seglares, sobre todo los primeros, han sido muertos a millares, precisamente por su profesión sacerdotal o de vida cristiana, en condiciones semejantes a los de los primeros siglos.

Se les ha considerado como ciudadanos de ínfima

clase, el *tertium genus*, de Tertuliano, y han sido sacrificados como rebaños.

Harnack ha podido decir que sobre los cristianos de las primeras generaciones estaba colgada la espada de Damocles, porque aunque no se les martirizara, sufrían el martirio sin sangre de una vida pendiente del capricho de un esbirro cualquiera. Igual hemos podido decir de nosotros. Fundamento de las persecuciones antiguas fue siempre un edicto persecutorio, que era el fundamento legal del martirio. Ahora, ni esto; ha bastado el odio de agentes innominados u ocultos para que se quitara la vida a los sacerdotes y seglares conspicuos.

La profesión de fe cristiana era en tiempos de los emperadores una violación pública de la *lex majestatis*, como un agravio personal hecho al emperador, jefe de la religión oficial del Estado. En los actuales mártires no ha habido más que la profesión libre, según conciencia libre, de una religión que hasta hace poco había sido la del Estado.

(...)

Creemos en la fuerza de la sangre. La de los soldados que la han dado por la Patria —muchos de ellos por Dios y por la Patria— será fecunda en bienes para el pueblo

español, de que formaron parte, si los sobrevivientes somos dignos de ser conciudadanos de estos héroes. La de los sacerdotes y seglares, víctimas pacíficas que vencieron en la lucha por el espíritu, por la verdad divina, por la libertad de su conciencia, por la gloria de Dios y de su Iglesia, creemos que será fecundísima en bienes espirituales para la Iglesia en España.

«Que la multitud de los mártires os enseñe dónde está la verdadera Iglesia», les decía Montano a sus verdugos. Que los miles de mártires de la fe en España despierten de su modorra a los tibios y añada vigor a la vida cristiana de cuantos queremos ser buenos y hacer el bien, y por ello trabajamos.

Y, sobre todo, que este riego de sangre haga florecer espléndidamente la Iglesia católica en nuestra Patria. Hay semilla y sazón; que no falte la cálida atmósfera de los corazones y el bravo esfuerzo del trabajo apostólico.

Pamplona, julio de 1937.

(ABC [Sevilla], el 17 de julio de 1937)

LA GRAN MUCHEDUMBRE DE LOS MÁRTIRES

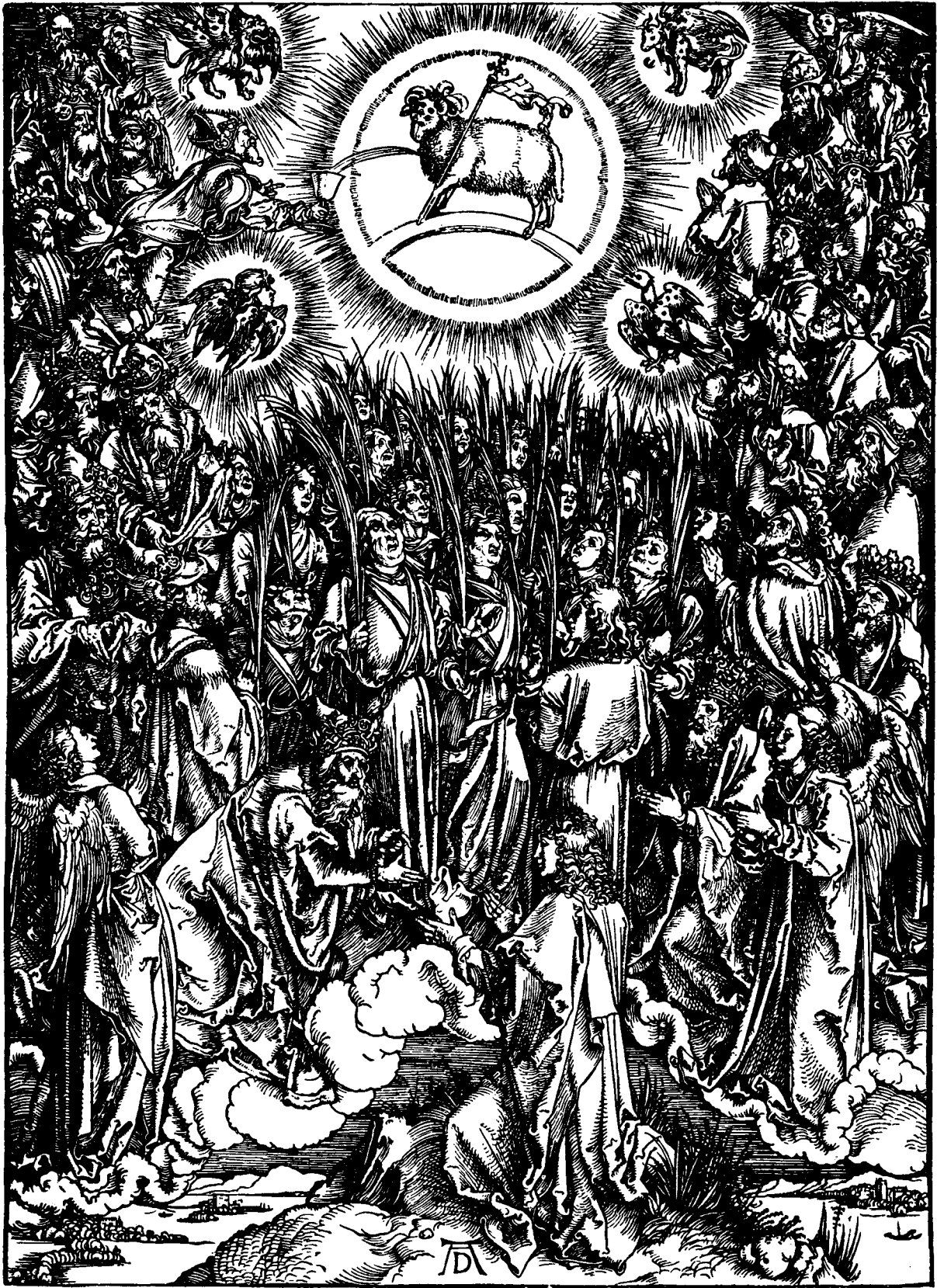
Después de esto vi una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban ante el trono y delante del Cordero, revestidos de un ropaje blanco, con palmas en sus manos; y clamaban a grandes voces, diciendo: la Salvación se debe a nuestro Dios, que está sentado en el solio, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en torno al solio, y de los ancianos, y de los cuatro animales; y se postraron delante del solio sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. Bendición y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, honra, y poder, y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

En esto, hablándome uno de los ancianos, me preguntó: Esos que están cubiertos de blancas

vestiduras, ¿quiénes son? y ¿de dónde han venido?

Yo le dije: Mi Señor, tú lo sabes. Entonces me dijo: Éstos son los que han venido de una tribulación grande, y lavaron sus vestiduras, y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por esto están ante el solio de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y aquel que está sentado en el solio habitará en medio de ellos. Ya no tendrán hambre, ni sed, ni descargará sobre ellos el sol, ni el bochorno. Porque el Cordero, que está en medio del solio, será su pastor, y los llevará a fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos.

(Apocalipsis, 7, 9-17)



FLOS MARTYRUM

Luis Carreras

La consigna y el hecho del exterminio del clero español no tienen semejanza en ninguna otra persecución. Fué cosa fulminante, encarnizada, aterrorizadora, caza del hombre la más dura y perfidiosa en el victimario general de la revolución. La consigna fué terminante y los hechos han demostrado que de tan general no es explicable sin órdenes precisas. El presidente del Comité revolucionario de N. confesaba haber recibido, al igual que todos los Comités de Cataluña, esta consigna: «Tratándose de sacerdotes, ni piedad, ni prisioneros, matarlos todos, sin remisión». El presidente del Comité de B. consultó al Comité central qué se había de hacer con un sacerdote muy caritativo, universalmente respetado y amado en el país. La respuesta fué brutal: «Ya os ha sido ordenado; matarlos a todos, y a los que llamáis los más santos y mejores, los primeros.»

El definitivo balance dará espanto; su martirologio, jamás del todo cognoscible, hace estremecer.

En la Carta Colectiva, se cifra ya en diez Obispos y 6.000 sacerdotes, solamente en el clero diocesano; su número final será mayor. Los religiosos parece que no bajan de 1600; pertenecientes a 27 Ordenes y Congregaciones, se tiene estadística exacta de 1379. De entre las sesenta diócesis españolas, en veintitrés hubo furiosa y total persecución. En nueve el porcentaje de sacerdotes asesinados fué de ochenta por ciento; en Málaga cincuenta por ciento del clero secular, setenta y cinco por ciento del regular. En la ciudad de Toledo de 110 sobreviven cinco o seis. De la diócesis de Santander, entre quinientos diez y siete, quedan sólo sesenta!

Las características de la persecución contra el sacerdocio son así mismo particulares. Ha habido interés marcado en suprimir los elementos jerárquicos de la vida cristiana y las individualidades de valor eminente por su influencia en el pueblo fiel y en la vida social. Del gran número de víctimas con toda seguridad constatadas, impresiona hondamente ver su calidad en el mismo orden de las letras humanas y divinas, en la cultura general y especializada, en las obras e instituciones de todo carácter y finalidad religiosa, social y popular. Es una decapitación de valores superiores, que, por este solo concepto humilla y empobrece a la misma sociedad civil y a su progreso.

Los obispos, párrocos, canónigos, profesores, directores de obras, predicadores, escritores, han sido par-

ticularmente buscados. El martirologio episcopal reviste formas de máximo vilipendio y tortura. El número de párrocos llévase la proporción mayor entre las víctimas. El solo nombre de Rector —denominación popular del párroco en Cataluña— bastaba para redoblar su busca y exterminio. En una ciudad importante, en casa de un notario, la vista del título profesional expedido por el Rector de la Universidad fué motivo para prenderle como cura, costándole a este padre de familia lo indecible librarse de la equívoca identificación.

La consigna del exterminio de los párrocos aparece más clara, porque a ellos iban directamente los grupos forasteros y con especial ensañamiento aterrorizador, ya que generalmente la feligresía los ocultaba y defendía, muchas veces los mismos Comités locales tenían interés en salvarlos. Por eso, en lugares poco céntricos los párrocos, confiados, permanecieron varios días en sus propias residencias; por eso han perecido casi todos los párrocos ancianos, no habiendo sido perdonados ni los de 60 años para arriba, que son en número considerable. En la sola diócesis de Gerona son unos 65 que pasaban de esta edad.

Buen ejemplo de ello es el caso del anciano párroco de Alp. Sus feligreses lo sostuvieron, los bárbaros milicianos de Puigcerdá lo mataron. Estos conminaron a aquéllos a quemar la iglesia y asesinar al cura; bajo la amenaza del revólver hicieron lo primero pero se negaron a ejecutar a su Rector. Los milicianos volvieron a amenazar a los del pueblo. Entonces el parroco pidió que le dejaran morir delante de la iglesia en llamas, y que antes de morir le permitieran dirigir unas palabras a sus feligreses. Como en una breve homilía de gran fiesta, les habló con tanta emoción, que los del pueblo se negaron resueltos a matarle. El párroco había terminado perdonando a sus verdugos, bendiciendo a todos sus feligreses, y signándose él mismo para bien morir. Los milicianos furiosos iban a descargar sus fusiles contra los del pueblo. Y el párroco clamó: «¡Tirad, hijos míos, no tengáis miedo! Si no lo hacéis, las víctimas seréis vosotros. Por vosotros yo muero de buen grado.» Se oyó una terrible descarga, y los feligreses quedaron aterrados, al verlo caer con el cráneo horriblemente destrozado, cuando ellos todavía estaban prendidos de la voz dulce de su pastor.

Ni la enfermedad, ni la incapacidad física o mental

libraban de la persecución. Son numerosos los casos de sacerdotes seriamente enfermos, arrastrados violentamente del hospital o de sus casas. El R. Miralpeix, en Castelló d'Ampurias; R. Condamines, en Tárrega; otro en la Colonia Bonmatí, cerca de Gerona, etc. Al R. Casademont, de Figueras, anciano, casi ciego, en estado grave, se lo llevaron y mataron. El R. Murtra, de la misma ciudad, había sido operado; a causa de neurastenia aguda, fué conducido al sanatorio de Salt, y se le hizo la ficha, ocultando su condición. Un día, en que su enfermedad le disminuyó el dominio de su espontaneidad, dijo: «Cuando yo era Sacerdote...» Fué sabido de unos milicianos y fueron a matarlo. El arcipreste de Oropesa, 70 años, estaba en cama muriéndose, con la Extremaunción ya recibida; lo arrastraron y fusilaron.

La busca de los sacerdotes tomaba formas inhumanas, desesperantes. En diversas ocasiones la perquisición fué estimulada con premios en metálico. En Vich, donde en el mes de mayo de 1937 todavía íbase a su caza encarnizada, se ofrecían doscientas pesetas por cada denuncia del refugio en que se hallare uno. En un diario barcelonés se anunció una cantidad muy alta, 15.000 pesetas, a quien diera con un determinado jesuíta, cuyo nombre y señas se precisaban. Ni en la soledad de los montes, menos inclemente que la habitación de los hombres, era seguro su refugio. Perros de caza eran el terrible auxiliar de los mata-curas para perseguirlos por bosques y montañas; aterra la narración escalofriante de quienes la han sufrido y han tenido la fortuna de evadirse después de peligros y agotamiento dramáticos. El alcalde de Falset (Tarragona) hizo un público pregón, invitando a cuantos tuviesen perros y escopetas a cazar a los curas, que él mismo había hecho huir a la montaña. Después de semanas y semanas de vivir como sólo Dios sabe, han sido hallados por los bosques sacerdotes hambrientos en estado deplorabilísimo, algunos murieron de inanición; a veces, antes que perecer de hambre, acababan por presentarse a los Comités para correr su suerte, después de haber experimentado cruelmente cómo el terror paralizaba la anhelante caridad de los campesinos y montañeses. En la demolición de una parroquia barcelonesa, en un rincón de la bóveda fueron hallados tres cadáveres de sacerdotes, muertos de hambre; el que los llevaba heroicamente, por la noche, algo que comer, fué hecho preso, y ellos aterrorizados ante su desaparición no osaron salir.

Los fusilamientos colectivos han sido repetidos. En Madrid, los Dominicos bárbaramente tratados; de un sótano de la Cuesta de Santo Domingo sacan 18 Adoratrices, que fueron vilmente asesinadas; de un golpe, en la Casa de Campo 68 sacerdotes. Los Agustinos de

El Escorial, los Mercedarios de Portell, los Franciscanos de Berga, los Claretianos de Cervera y de Barbastro, los Carmelitas de Tárrega, los Benedictinos del Pueyo, el Obispo de Barbastro con su legión de sacerdotes, el grupo de clérigos y laicos con su Obispo en Lérida, los 300 deportados de Jaén con su Obispo en el Puente de Vallecas... En Sigüenza soltaron en la carretera a 40 del clero, mitad sacerdotes, mitad seminaristas, para que corran y cazarlos a tiros; ellos se arrodillaron todos, y así recibieron la muerte. En Toledo, a grupos fueron varias veces al lugar del suplicio, rezando en voz alta el Rosario. Ya el siete de agosto de 1936 un corresponsal del *Morning Post*, salido de Valencia, hizo un relato espantoso de las atrocidades que vió en aquella ciudad, entre otras, 46 sacerdotes, que se hallaban reunidos en una cocina, fueron odiosamente asesinados. Los Dominicanos, en número considerable de religiosos y escolares, del Noviciado y Casa de estudios de Calanda y Ocaña. Ni el más elemental respeto a la paz y cuidado de los niños asilados y enfermos privó la caza de 7 Hermanos de San Juan de Dios en un Sanatorio de Málaga, ni la de otros 22 en el maravilloso Sanatorio marítimo de Calafell, establecimiento para la cura de los niños escrofulosos, tan popular en toda Cataluña que era autorizada la recogida de limosnas para el mismo en las estaciones de ferrocarril y otros lugares públicos. Estos Hermanos de Calafell fueron paseados por las calles de la ciudad de Vendrell antes de ser ejecutados; y, arrodillados unos y manos orantes, de pié otros, en los camiones, no cesaron de cantar himnos y dar vivas a Cristo Rey.

Los equipos de la Torrasa, el barrio barcelonés de los terribles murcianos de la F. A. I., supieron que por los alrededores de Torelló se tenía tolerancia a algunos sacerdotes refugiados, y a primeros de octubre de 1936 fueron a hacer una *razzia* en que perecieron 18. En Moncada, fueron fusilados 5 Hermanos de la Doctrina Cristiana, 4 sacerdotes y 40 seglares con ellos.

Si se podía cubrir de deshonor a las víctimas, no se dejaba de hacerlo. Dos casos típicos.

La exhumación salvaje de los cadáveres de las Salesas de Barcelona, exhibidos luego al exterior de la espaciosa y bella fachada de su templo, en un paseo magnífico de larga perspectiva. Aquellos 19 cadáveres de religiosas, deshonorados con adimentos mal intencionados (huesecitos de niño, por ejemplo) y por las explicaciones de cicerones difamadores, constituyeron el ejemplo macabro de la más odiosa obscenidad anticlerical a propósito para excitar en la plebe el odio y la persecución. Y de ello no se avergüenzan. El apologista de la persecución, J.R. Bloch, todavía ironiza sobre tal

gesta a cuenta de los cadáveres.

El otro caso es el asesinato en masa de unos Maristas. Las oficinas de pasaportes en manos de dos altos jefes anarquistas, bajo el pago de considerable suma, habían permitido el embarque de unos 200 Hermanos Maristas, en una numerosísima expedición de fugitivos. Poco antes de salir el buque, fueron obligados a descender a tierra: 92 fueron ejecutados, los otros en prisión. La inculpación fué que sus bagajes estaban repletos de planos, mapas y otros elementos de espionaje para el enemigo. Pillaje, exterminio, deshonor. ¡Pobres Maristas infortunados!

No había piedad alguna en el exterminio de religiosos y sacerdotes. El párroco de Tordera quedó gravemente herido en las afueras del pueblo; por las marcas de sangre de sus manos trémulas en busca de sostén en los muros de una casa de campo, descubrieron su refugio, y allí fueron a rematarle.

Son numerosos los casos de dar salvoconductos de circulación por el interior o pasaportes para el extranjero con señas disimuladas que eran orden de ejecución; los infortunados, confiados de haber logrado la salida, eran prendidos y fusilados a su arribo.

Los mismos pasaportes diplomáticos y salvoconductos oficiales eran signo de muerte.

A primeros de este año, el gobierno de Madrid ha entregado al de Colombia una indemnización de 250.000 pesos para las familias de «9 súbditos colombianos que habían hallado la muerte durante la guerra de España.» ¡Trágico eufemismo! El Cónsul general de Colombia, fiado en las garantías dadas formalmente a él por el gobierno de Madrid, dirigió a Barcelona para repatriarlos a siete Hermanos de San Juan de Dios, súbditos suyos, acompañados de un chófer. Todos iban provistos de pasaportes en regla; llevaban además un brazal de los colores colombianos con el sello de la Legación. Llegados a Barcelona el 8 de agosto de 1936 fueron asesinados, y las propias milicias a que pertenecían los autores de crimen tan monstruoso lo anunciaron al Cónsul General de esta ciudad. En Zafra (Badajoz) fué así mismo asesinado ferozmente un estudiante colombiano de Teología, de la Comunidad del Sagrado Corazón de María, provisto de un salvoconducto librado por el gobernador de Ciudad Real.

Los pretextos de hipócrita confianza o falsa protección para llevárselos a la muerte, son repetidísimos y diversos. Un caso despiadado y cínico. En la ciudad catalana más industrial y populosa, Sabadell, se había dado un caso extraordinario de amor al pueblo. El gran apologista Sardá y Salvany, de prestigio universal, abandonó su magnífica casa solariega y la convirtió en

Asilo de Ancianos Desamparados, a los que en vida hizo herederos de todo su patrimonio, quedándose él de capellán para atenderlos. Difícilmente hubo jamás una obra benéfica tan querida de todo un pueblo. Muerto el fundador, le substituyó el Rdo. Cayetano Clausellas, llamado el Santo por las gentes más humildes y necesitadas, cuyas casas ningún sacerdote había visitado como él. Tenía 75 años, y al estallar la revolución, se quedó en el Asilo en medio de un centenar de ancianos y de las monjas. Nadie creyó que aquella santa casa pudiera ser profanada. Al cabo de días, fueron a buscar al Santo —parecía la efigie viviente de San José Oriol— y con el pretexto de ponerle en lugar más seguro, se lo llevaron y fusilaron. Execrable impiedad, que hizo temblar a toda la ciudad; era un hombre canonizable en vida.

Más casos de ferocidad. En Tárrega el R. José Rubiol, de 64 años de edad, medio muerto, estuvo 48 horas extendido en el campo. Pasando por allí cerca, un miliciano oyó sus gemidos, y él le pidió un vaso de agua. El miliciano tomó un haz de leña, se lo echó encima y le prendió fuego.

El Sanatorio de Fontilles (Valencia) era una heroica fundación de los Jesuítas para leprosos. Cuando la disolución de la Compañía de Jesús, el P. Bori, director del Sanatorio, se refugió en las Hermanitas de los Pobres de Valencia; allí fué buscado el popularísimo bienhechor de los leprosos para matarlo.

Es conocidísima la narración del martirio de los Padres Jesuítas Cots y Romá, y del Hermano Iriando hecha por el ex-Padre Provincial José M. Murrall, el cual, fusilado como ellos, quedó gravemente herido y pudo salvarse dramáticamente. Es un testimonio viviente de como mueren los justos por la fe, y de lo que eran los asesinatos en la Rabassada de Barcelona.

Al capellán de las monjas franciscanas en Oropesa (provincia de Toledo) le mutilaron bestialmente y luego le torearon en la plaza pública, como hicieron igualmente con el párroco de Alcañizo. A un fraile de Rieves, en la misma provincia, junto con unos seglares, les vaciaron los ojos, les dieron de puñaladas, y, vivos todavía, los echaron a un pozo. Al arcipreste de Talavera, en el patio del seminario menor, cuya alma había sido, simulan torearlo, le dan navajas por banderillas, y lo rematan a tiros.

Será inagotable la narración de los sacrificios. Citemos unos casos simbólicos del furor exterminador en su exasperación abominable.

En el alma de los revolucionarios el odio religioso dominaba a cualquiera otra pasión. Yendo al frente de Aragón la famosa columna Durruti observó que la

Catedral de Lérida había sido respetada. Incitando y tratando de cobardes a sus camaradas de la ciudad, le pegaron fuego y ardió dos días enteros. Un grupo de milicianos, yendo asimismo al frente, en Barbastro supieron de la prisión del Obispo y su gloriosa compañía de sacerdotes y religiosos. Lo que no osaron hacer los de la ciudad, lo hicieron ellos, antes de irse a la guerra. El holocausto de iglesias y sacerdotes ha sido apetecido con preferencia a cualquier otro objetivo en la España roja. Su ímpetu dominante iba a la guerra religiosa contra los inermes testigos del Evangelio.

En Matadepera, cerca de Tarrasa, el Párroco estaba en la iglesia cuando los incendiarios arrebataban los objetos del culto para quemarlos. Al ver que iban a coger el Santo Cristo, fué a ellos y, adorando la Sagrada Imagen, dijo con gran ardor: «¡Señor, ya iré yo al fuego en lugar de Vos!» Los milicianos le dieron un culetazo en el pecho y cayó al suelo sin sentido.

Lo que no pudo conseguir el Párroco de Matadepera aconteció con otros.

En la plaza de Cervera, la gran pira de imágenes y objetos litúrgicos estaba ardiendo. El organista R. Obiols, ya muy torturado y casi muerto, fué llevado allí y echado al fuego. En S. Esteban Sasrovires echaron, vivo, al Párroco a la pira.

Es el holocausto ministerial del sacerdote, vivificando la materia inerte destinada a la honra de Dios y de sus Santos, holocausto sólo superado en significación por el del Párroco de San Julián de Altura que fué sacrificado por una descarga en la iglesia del Sanatorio de Tarrasa durante la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, descubierta por el azar de haber tocado el monaguillo la campanilla.

(Del libro *Grandeza cristiana de España*, de Lluís Carreras, Toulouse, 1938, pp. 127-138)

LA VOZ DE JUAN XXIII

A nuestro querido hijo el Cardenal Benjamín de Arriba y Castro, Arzobispo de Tarragona.

Con íntima satisfacción hemos recibido las noticias que vuestra eminencia nos ha comunicado referentes a la próxima celebración del diecisiete centenario del martirio del Obispo San Fructuoso y de sus diáconos Augurio y Eulogio, glorias de la antigua Iglesia tarraconense, a quienes, merced al celo y a las acertadas disposiciones de vuestra eminencia, quiere honrar esa sede metropolitana con esta conmemoración.

Entre los muchos actos que durante el año centenario van a recordar al clero y a los fieles la importancia de este acontecimiento, queremos que figuren unas palabras nuestras para manifestar el interés del Vicario de Cristo por estas solemnidades y el vivo deseo de que saquen de ellas el mayor fruto espiritual.

Tiempos en extremo difíciles para la religión fueron los de estos santos mártires. Aquella pequeña grey, en medio de un mundo pagano, vivía una vida nueva, la vida de unión con Dios, bajo la vigilancia y dirección de su Obispo y de los ministros del Santuario. Pero un día la persecución truncó la existencia de aquellos ilustres varones, que, derramando su sangre por Cristo, dieron testimonio de su acendrada fe, dejando tras sí un ejemplo heroico.

Esta es la gran lección que esos buenos hijos no deben nunca olvidar. No faltarán ocasiones en las que el

cristianismo ha de estar dispuesto a ofrecer su vida en defensa de su fe. Pero, además de estos graves momentos, hay en nosotros una lucha cotidiana para poder obrar según las normas de nuestra sacrosanta religión, para conservar la vida de la gracia, para cumplir las obligaciones propias de nuestro estado, para ser justo y caritativo con el prójimo, en la que tenemos que probar la fortaleza de nuestra fe, haciendo que ella influya e inspire nuestros actos. Este es el valor que exige de nosotros la religión y ésta es la necesidad que nos incumbe de confesar a Cristo incluso en las acciones pequeñas.

Todavía están recientes los sufrimientos de los sacerdotes, religiosos y seglares que en esa archidiócesis —igual que en toda la católica nación española— dieron pruebas del amor que tenían a su fe y de la poca estima de las cosas terrenas. Por eso nos ha sido muy grato saber que en la peregrinación que se prepara para visitar la iglesia de San Fructuoso de Capodimonte y la Ciudad Eterna traerán los procesos canónicos de estos siervos predilectos de Dios para someterlos al juicio de la Santa Sede. El ejemplo de ellos, como el de los mártires hoy conmemorados, será la llama que avive el fervor de esa amada grey en una vida constantemente piadosa.

(31 de enero de 1959)

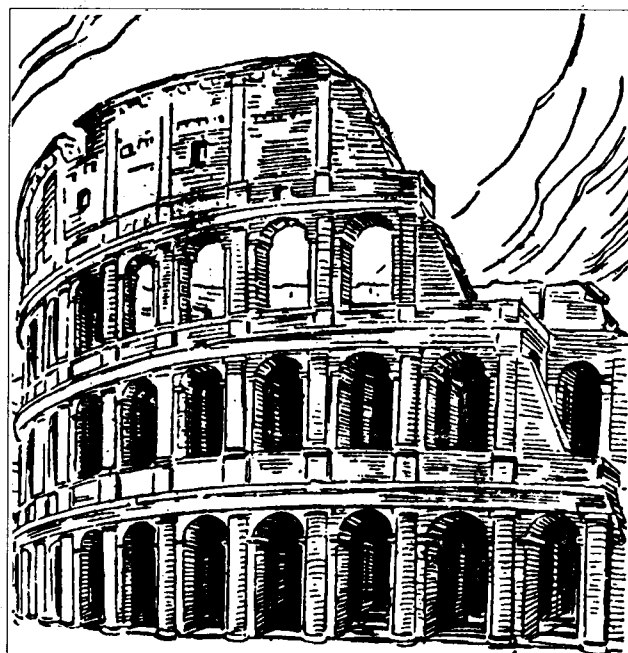
CLERO SECULAR		RELIGIOSOS	
Diócesis	Víctimas	Familia religiosa	Víctimas
Almería	65	Agustinos	155
Astorga	8	Benedictinos	44
Ávila	30	Camilos	13
Badajoz	32	Capuchinos	94
Barbastro	123	Carmelitas Calzados	54
Barcelona	279	Carmelitas Descalzos	91
Burgos	13	Cartujos	6
Cádiz	5	Cistercienses	16
Calahorra-La Calzada	1	Claretianos	259
Cartagena-Murcia	73	Dominicos	132
Ciudad Real	97	Ermitaños	2
Ciudad Rodrigo	6	Escolapios	204
Córdoba	84	Filipenses	10
Coria	1	Franciscanos	226
Cuenca	109	Gabrielistas	48
Gerona	194	Hermanos de la Caridad de la Sant Cruz	9
Granada	43	Hermanos Carmelitas de la Enseñanza	5
Guadix-Baza	22	Hermanos Terciarios Carmelitas	3
Huesca	34	Hermanos de San Juan de Dios	97
Ibiza	21	Hermanos de La Salle	165
Jaca	2	Hijos de la Sagrada Familia	17
Jaén	124	Jesuitas	114
León	12	Jerónimos	1
Lérida	270	Marianistas	15
Lugo	4	Maristas (Padres)	7
Madrid-Alcalá	334	Maristas (Hermanos)	176
Málaga	115	Mercedarios	36
Mallorca	3	Mlnimos	3
Menorca	39	Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús	12
Orihuela	54	Sagrados Corazones de Jesús y María	5
Osma	4	Sagrados Corazones (Picpus)	14
Oviedo	140	Operarios Diocesanos	28
Plasencia	25	Oblatos	29
Salamanca	1	Pasionistas	39
Santander	77	Paúles	53
Santiago de Compostela	1	Redentoristas	21
Segorbe	61	Recoletos de San Agustín	8
Segovia	4	Reparadores	1
Sevilla	24	Salesianos	93
Sigüenza	43	San Pedro ad Vñcula	9
Sión	15	Terciarios Capuchinos	30
Solsona	60	Trinitarios Descalzos	21
Tarazona	1		
Tarragona	131	TOTAL RELIGIOSOS ASESINADOS	2.365
Tenerife	1		
Teruel	44		
Toledo	286		
Tortosa	316		
Urgel	109		
Valencia	327		
Vich	177		
Vitoria	35		
Zamora	1		
Zaragoza	81		
No identificada	3		
TOTAL SACERDOTES SECULARES ASESINADOS	4.184		

RELIGIOSAS

Familia religiosa	Víctimas
Adoratrices	26
Agustinas	3
Ancianos Desamparados	5
Angeles Custodios	1
Beatas Dominicas	2
Bernardas del Santísimo Sacramento	1
Bernardas (Vallecas)	3
Calasancias de la Divina Pastora	1
Capuchinas	20
Carmelitas Calzadas	4
Carmelitas Descalzas	5
Carmelitas de la Caridad	26
Celadoras del Culto Eucarístico	1
Cistercienses	1
Claretianas	1
Clarisas	3
Comendadoras de Calatrava	1
Compañía Santa Teresa de Jesús	3
Concepción Jerónima	2
Concepcionistas Franciscanas de San José	10
Concepcionistas de El Pardo	2
Damas Catequistas	2
Doctrineras	17
Dominicas de la Anunciata	8
Dominicas de Montesión	2
Esclavas de la Inmaculada	1
Escolapias	7
Franciscanas del Buen Consejo	1
Franciscanas de los Sagrados Corazones	2
Franciscanas de la Misericordia	2
Franciscanas Clarisas de San Pascual	2
Franciscanas de Santa Clara	9
Hermanas de la Caridad de Ntra. Sra. de la Consolación	6
Hermanas de la Caridad del Sdo. Corazón de Jesús	5
Hermanas de San José	5
Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl	30
Hijas del Inmaculado Corazón de María	3
Hijas de San José	1
Institución Teresiana	1
Mínimas de San Francisco de Paula	9
Misioneras de la Inmaculada Concepción	2
Misioneras de Santo Domingo	4
Oblatas	4
Reparadoras	6
Salesas	7
Salesianas	2
Siervas de María	4
Terciarias Capuchinas de la Divina Pastora	4
Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora	3
Terciarias Carmelitas Descalzas	3
Terciarias Franciscanas de la Purísima	1
Terciarias Franciscanas de la Natividad de Ntra. Sra	1
Trinitarias	4
Trinitarias Descalzas	4
De Congregación no identificada	1
TOTAL RELIGIOSAS ASESINADAS	283

RESUMEN

Clero secular (incluidos seminaristas)	4.184
Religiosos	2.365
Religiosas	283
TOTAL	6.832



*(Del libro *Historia de la persecución religiosa en España*, de Antonio Montero, Madrid, BAC 1961, pp. 763-767)

TIERRA EMPAPADA EN SANGRE DE MÁRTIRES

José Vives Suriá

Hace ya muchos años, cuando yo era niño, allá por los años veinte de este siglo, la exaltación de la figura de los mártires y su santa memoria constituían un aspecto fundamental en las clases de Religión de los Colegios de las Órdenes Religiosas; y así siguió siendo en los días de mi adolescencia y juventud hasta que estalló la violenta persecución religiosa de los años 1936-1939. Lo recuerdo con viveza, como si el hecho acabase de producirse ahora mismo y reapareciese en mi memoria al correr de los años alumbrado con una torrentera de luz, con el vigoroso fulgor de un firmamento septembrino superpoblado de relucientes estrellas. Mis recuerdos, en este punto, sobrevienen de unos días lejanos en los que tan solamente tenía unos cinco o seis años de edad. Asistía al Colegio de los Hermanos Maristas de Sans, contiguo al Colegio para niñas de las Religiosas de la Sagrada Familia y a la Iglesia Parroquial de Santa María de Sans, cuyo virtuoso y valiente párroco, el Rvdo. don José Puig Moliné, moriría años más tarde mártir, por causa de su sacerdocio, abatido por las balas de unos patrulleros al pie de las tapias del cementerio de Montcada entre la anochecida del día 15 y el amanecer del 16 del mes de septiembre de 1936. De aquel Colegio de Hermanos Maristas, tengo especialmente presente la vivaz figura de un Hermano, joven, bajito de estatura, grande de alma y cuyo nombre siento no recordar, que casi todos los días nos hacía vibrar con retazos de la vida de algunos mártires, especialmente de aquellos que habían sido inmolados en su niñez o en su adolescencia, y entre los que llevaba la palma aquel valiente niño san Tarsicio, siempre dispuesto a llevar el santísimo manjar de la Eucaristía donde conviniera y a quienes hiciese falta. Aquella Iglesia de mis años de niño, de adolescente y de primera juventud, que estaba acostumbrada a vivir en el clima de una persecución religiosa más o menos larvada y no exenta de episodios violentos, sentía verdadero horror al peligro de la apostasía y por esto apelaba sin cesar al sublime heroísmo de los mártires. Unos años más tarde, especialmente durante los inacabables de la persecución religiosa de los años 1936-1939, el tiempo y los hechos le darían la razón. Gracias a su viril magisterio, fuimos tierra de mártires. Tierra

bendita en la que no fructificó el pecado de la apostasía en aquellos años de durísima prueba. Tierra empapada de sangre de mártires y que debiéramos besar de rodillas, con gratitud de corazón, con piedad filial y con fidelidad de gratuitos y honestos beneficiarios, que no tienen derecho de menospreciar el mayor de los tesoros recibidos de sus antepasados.

En aquellos mismos tiempos, y hasta que advino el hecho de la tremenda persecución religiosa a que hemos aludido, permanecía asimismo viva en el corazón del pueblo cristiano la conciencia del pecado, que ahora parece que se haya substantivamente perdido, en parte por obra de una catequética pobre y vergonzante y con frecuencia también a consecuencia de una predicación aquejada no raras veces de una especie de racionalismo esclerótico. Toda la ingente tarea de la Obra de Ejercicios Espirituales y de las Congregaciones Marianas, por citar simplemente, sin ánimo de ostentación preferencial, algunas Organizaciones Apostólicas, tendía a mantener firmemente viva la conciencia del pecado, un profundo reconocimiento de su intrínseca maldad, de que hay tanto desconocimiento y tanta burla y desprecio se hacen en nuestros días. Esta conciencia del pecado y de su maldad pasaba del magisterio de la Iglesia a la intimidad del hogar, a ese pequeño y sagrado recinto en el que los niños que se forman en el día de hoy serán los hombres del día de mañana. Recuerdo lo que ocurría en nuestra casa. Cuando nos levantábamos de la cama después de haber vencido una dolencia grave, nuestra buenísima y abnegada madre nos aseaba un poco y nos llevaba inmediatamente de su mano a una sala presidida por la imagen entronizada del Sagrado Corazón de Jesús. Allí, de rodillas —si hacía falta nos ayudaba con su vigorosa mano a sostenernos así— daba muchísimas gracias a Dios por el bien de la salud que habíamos recobrado, nos enseñaba a dar gracias, y con entereza y animoso corazón, con una ilusión y una fuerza que le salían del fondo del alma, hacía la plegaria que parecía más viva y hermosa de todas las suyas. ¡Sagrado Corazón de Jesús!: aquí tenéis a mi hijo! ¡Os pido que sea siempre Vuestro! ¡Os lo ofrezco del todo! ¡Antes muerto, que cometa un solo pecado mortal! Esta plegaria yo la vi

hacer a mi buenísima y valiente madre cuando se producía una situación de enfermedad parecida a aquella en cualquiera de sus numerosos hijos, y sé que la hacían también otras santas madres en casos semejantes. Esa viva conciencia del pecado y de su intrínseca maldad explica muchas cosas, es la resultante práctica de un verdadero amor a Dios y una de las claves de la invencible fortaleza de nuestros mártires. Como la Iglesia y aquellas benditas madres les habían enseñado, nuestros innumerables mártires se abrazaron al heroísmo del martirio y despreciaron el pecado de la apostasía como la mayor de las vilezas.

Esta exaltación del heroísmo martirial que tuvimos la suerte de empezar a apreciar desde nuestra niñez no era un hecho nuevo en la Iglesia. El Rvdo. don José Sanabre y Sanromá, archivero que fue de la diócesis de Barcelona y muy competente historiador, en la página 16 de su obra «MARTIROLOGIO de la Iglesia en la Diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa 1936-1939», lo pone de manifiesto y alega en breves palabras, como base de su importante y laborioso trabajo. Será bueno conocerlo en su propio texto.

«Una de las más antiguas costumbres de la Iglesia Católica, que modernamente han copiado las organizaciones políticas, ha sido la de perpetuar la memoria de los mártires. El acto de sellar con la propia sangre la defensa de la Fe cristiana, lo ha considerado como uno de los actos más sublimes a que se puede aspirar el cristiano y por lo tanto del más grande elogio. El culto de los Mártires es el de más alta categoría después del que se rinde al Señor, a la Virgen Santísima y a los Apóstoles; la liturgia de la Iglesia agota su inspiración en cantar las proezas de los Mártires y sus reliquias son el fundamento de nuestros altares».

La fidelidad a esta antigua costumbre —una de las más antiguas costumbres de la Iglesia Católica, la denomina el Rvdo. don José Sanabre y Sanromá— queda asumida y se integra en un verdadero sentido de Iglesia y explica la necesidad, más que la conveniencia, de enaltecer, honrar y venerar la memoria de la copiosa legión de mártires inmolados en nuestra Patria durante la violentísima persecución religiosa de los años 1936-1939. Persecución religiosa, incubada en el curso de muchos años y meticulosamente programada, según explica el propio y antes dicho historiador en la página 28 de su expresado «MARTIROLOGIO» y que será oportuno conocer.

«La revolución y sus crímenes adjuntos no fue una reacción de indignación del pueblo contra la supuesta intervención de la Iglesia en el alzamiento nacional, como se ha pretendido hacer creer a la opinión nacional

y extranjera. La revolución, como todas las anteriores, tuvo un cerebro director. Nunca olvidaremos las palabras oídas de un directivo sindical al reconocernos en octubre de 1936, después de felicitarnos por resultar ilesos hasta aquel entonces, que nos decía: “vosotros habéis visto la revolución desde abajo, yo desde arriba; el plan era asesinaros a todos”. La declaración fue espontánea y no podía ser más terminante. La Iglesia desde el primer día fue víctima y no combatiente; el plan quedó bien manifiesto a las primeras semanas en la actuación de grupos de desalmados que recorrían las poblaciones sujetas a dominio marxista; su primera preocupación fue el asesinato de los sacerdotes; por esto a su llegada a los pueblos su primera preocupación era informarse de si había sido asesinado el Cura; constituía el primer número del programa. Esta fue la realidad de nuestra Diócesis y en toda la zona que quedó bajo la tiranía del nuevo régimen».

Creemos que para acreditar lo que decimos es bastante este testimonio del Rvdo. don José Sanabre, conocedor de los hechos por haberlos vivido, de vasta cultura y siempre probo y veraz.

Y ¿cómo morían nuestros mártires, el innumerable número de mártires Obispos, Sacerdotes y Religiosos, hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y adolescentes? Podríamos decirlo en breves palabras: morían dando gracias a Dios por el don supremo del martirio y perdonando de corazón a sus enemigos. Muchos lo hacían además con el grito de ¡Viva Cristo Rey!, en los labios, venido a nuestra Patria como una resonancia del último latido del corazón de los «cristeros mejicanos» de los tiempos del joven y santo jesuíta P. Pro y de Calles, el presidente perseguidor. Y no pocos unían a este grito el de ¡Viva España!, como expresión y símbolo de unos amores que brotaban teñidos de sangre del fondo de su corazón. Será más ilustrativo y hermoso verlo en un par de ejemplos concretos, puesto que el corto espacio de un artículo no da para más.

El primero se refiere al martirio del santo magistral de Vic, el doctor Juan Lledó tal como lo relata el presbítero don LUIS CARRERAS en su obra GRANDEZA CRISTIANA DE ESPAÑA, páginas 233-234, y que, según el mismo indica, toma del folletón de *La Croix*, de 28 de octubre de 1937, *Evadé d'Espagne: journal d'un prêtre*. Literalmente lo reproducimos:

«Al anuncio de que le van a matar, el predicador más popular que había ahora en Cataluña, sonrío amablemente y les da las gracias. Los milicianos sorprendidos le preguntan:

«¿Cómo? ¿La muerte no te da miedo?»

«El sacerdote responde:»

«¡Ah no! Si me dais tiempo os diré el porqué de la felicidad que siento de mi ejecución inmediata. Durante mi vida he pedido a Dios tres gracias principales: la primera mi salvación, porque esto es lo primero para el hombre, y este género de muerte, porque soy sacerdote, me da la confianza de que Dios me abrirá el Cielo. La segunda, el poder derramar mi sangre por Jesucristo, y ser mártir, y vosotros vais a matarme de manera que se cumplirá aquel deseo mío. La tercera, no sé todavía si la obtendré, pero lo confío, es la gracia de salvar un alma, una sola, con mi muerte, un alma que, en lugar de caer en el infierno, pueda ir al Cielo conmigo. Si entre vosotros, que vais a fusilarme, Dios podía hallar esa alma y yo soy la ocasión de que se salve, moriría enteramente satisfecho».

«Dichas estas palabras, un miliciano, tocado de la gracia divina, se postra a los pies del sacerdote, besa su mano llorando y clama:

Yo seré esa alma que habéis pedido a Dios, os pido perdón y quiero morir con vos por Jesucristo».

«Los otros enfurecidos, fusilaron al misionero que acababa de hacer su más eficaz sermón y al miliciano convertido».

El segundo de tales ejemplos lo tomamos del propio autor, tal como lo relata en la página 146 de su repetida obra GRANDEZA CRISTIANA DE ESPAÑA, y que transcribe del **Bulletín d'Informatico Espagnole. nº 380.**

«El antiguo cura de Torrijos, después de Navalmorales, de cuarenta y dos años de edad, R. Liberto González, fue martirizado de esta manera:

«Quiero padecer por Cristo», dijo a los milicianos.

«¿Quieres morir por Cristo? Pues tendrá su muerte», le respondieron.

«Fue desnudado y flagelado cruelmente».

Uno dijo, «vamos a reproducir la Pasión». Otro, «haremos la Semana Santa». Otros, «nos divertiremos».

«Le cargaron con un gran madero, le hicieron toda suerte de burlas y escarnios. Le dieron a beber vinagre. Le pasearon medio desnudo por las calles de Torrijos. Le vistieron de miliciano y le coronaron de espinas».

«Blasfema y te perdonaremos», le dijeron al fin.

«Soy yo quien os perdona a vosotros y os bendice», respondió el mártir.

«Deliberaron sobre la manera de poner fin a su vida. Unos querían clavarle en Cruz, otros fusilarlo. Al fin lo ejecutaron a balazos en los Pinares. El mártir hizo su postrera petición».

«Matadme de cara a fin de que os pueda bendecir y perdonar».

«Estas fueron sus últimas palabras. El martirio duró tres días. Uno de los más extraordinarios de la persecución».

El relato de estos dos ejemplos es una muestra de lo que ocurrió en aquellos días de sangrienta persecución religiosa. Una muestra extraordinariamente significativa, pero que nos dejaría muy lejos del conocimiento de la verdad, si no añadiéramos acto seguido estas cifras, según resulta de la estadística que nos ofrece el antes dicho Rvdo. don José Sanabre, como conclusión de su «MARTIROLOGIO». Obispos inmolados, trece. Miembros del clero secular, más de cuatro mil. Miembros de las diversas Congregaciones Religiosas, cerca de dos mil quinientos. Sin contar la incalculable cifra de fieles y militantes católicos, que por nuestra parte ignoramos. Una lista que constituye, sin duda alguna, una de las mayores glorias de toda la historia de la Iglesia en nuestra Patria.

Frente a este hecho, como muy bien expresa el Rvdo. don José Sanabre en el prólogo de su citado «MARTIROLOGIO», no cabe decir: **Aquí no ha pasado nada.** Aquí pasó mucho, muchísimo, y por cierto de una manera muy distinta de como suele contarse. De como suele contarse, porque muchas veces se hace faltando a la verdad, y de cómo no se cuenta, porque el silencio es muchas veces la peor de las falsedades y la causa principal de que sobre el vacío de una tierra sin buena siembra puedan nacer y desarrollarse toda clase de malas hierbas.

En nuestra pequeñez, que es mucha, creemos que aquella Iglesia de nuestra niñez, de nuestra adolescencia y de nuestra juventud, que nos gusta evocar en la simpática figura de aquel Hermano del Colegio de los Hermanos Maristas de Sans, joven, bajito de estatura, grande de alma y cuyo nombre sentimos no recordar, que con tanta frecuencia y emoción nos hablaba de los mártires, era una Iglesia que lo veía todo muy claro porque se cimentaba sobre la roca viva de una Fe diamantina, sin fisuras, y tenía la apostasía como el peor de los pecados, el pecado, entre todos, que enfrenta más directamente al hombre con Dios. También lo veían muy claro y tenían razón aquellas benditas madres cristianas que avivaban en sus hijos la conciencia del pecado y que pedían fervorosamente de rodillas al Sagrado Corazón de Jesús que enviase la muerte a sus hijos y les llevase al Cielo antes de que cometiesen un solo pecado mortal. Ya sabemos, frente a ciertas interpretaciones mezquinas y deleznable, que no por ello dejó de haber pobres y desgraciados pecadores. Pero eran unos pecadores capaces de llorar sus pecados, que caían y se volvían a levantar, que se confesaban y pedían

perdón, y que arrepentidos una y otra vez volvían a traer a sus labios la santa enseñanza de aquellas madres benditas: antes morir que cometer un pecado mortal. Mas vino un día, radiante de luz, en que aquella bendita plegaria de nuestras madres se hizo fruto y cosecha en justos y pecadores, en aquellos que no habían pecado nunca mortalmente, y en aquellos otros que habían caído y se habían levantado una o más veces. Era en aquellos momentos tremendos en que la vida de los hombres pendía del hilo de dos opciones opuestas: la rendición infame y cobarde de la apostasía, el peor de todos los pecados, o la más santa de las inmoluciones con la gloria del martirio. Todos optaron por el martirio. Algunos fueron a buscar su sotana, porque querían entrar en el cielo vestidos de sacerdotes, otros predicaron a sus perseguidores y victimarios en una especie de última

misión popular. Muchos lanzaron al aire aquel grito valiente de ¡Viva Cristo Rey!, grito supremo de un pueblo de hombres que muere a gusto con el santo nombre de Dios en los labios, y todos murieron perdonando a sus enemigos, porque para esto morían: para ir al Cielo y tratando de comprar con su sangre el Cielo para sus enemigos.

Es esto, fundamentalmente, lo que nos invita a creer y a proclamar que aquella Iglesia y estos mártires fueron verdaderos ministros de la paz y de una auténtica cristiana reconciliación. De una paz y una reconciliación que carecerían de significación cristiana, si no sirviesen para ayudar a los hombres a encontrar el camino del Cielo, si se confundiese con cualquier clase de parálisis o de indulgencia ante los graves y continuos avances del mal.

HISPANIA MARTYR

Hispania Martyr Siglo XX es una asociación cuyo fin, reflejado en sus estatutos, queda definido así: «tendrá como objeto promover, orientar e impulsar las actividades lícitas necesarias a efecto de obtener de la Santa Sede la glorificación-beatificación-canonización de los gloriosos mártires españoles del siglo XX; estudiar toda la problemática surgida en torno a estos presuntos mártires; dar a conocer sus nombres, sus circunstancias, sus gestas y su triunfo, a nivel nacional, diocesano, regional o local». Una obra inspirada en el profundo amor a los que entregaron su vida en testimonio de Cristo y —según se recuerda en el documento de presentación— a los ejecutores de los mismos.

La fundación de esta asociación estuvo larvada durante mucho tiempo en el corazón de Mn. Salvador Nonell i Bru; y se hizo realidad en 1977 en la casa rectoral de Gornal del Penedès (Tarragona). No era el único. El que habría de ser secretario de la delegación *Tarraconensis* de Hispania Martyr, Joan Piñol i Priu, albergaba también esta idea. Mn. Nonell y Joan Piñol se conocían desde 1956, a raíz de la publicación por parte de Mn. Nonell de *Los Requetés Catalanes del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat en la Cruzada Española*. Joan Piñol estaba profundamente interesado por los fallecidos del Tercio —entre los que tenía un pariente—, a los que consideraba auténticos mártires.

Sabedor del proyecto de Mn. Nonell, se puso inmediatamente en contacto con él y le confesó su intención de fundar una entidad semejante que habría de llamarse *Los amigos de los mártires*. Con toda humildad se puso a su disposición y así pudo arrancar este proyecto que tantos frutos está dando.

Desde entonces se han organizado asambleas y conferencias, se ha cooperado en la publicación de biografías martiriales, se han promovido procesos de glorificación y beatificación, se ha publicado regularmente el *Portavoz* (órgano que informa habitualmente de todo lo relacionado con los mártires españoles del siglo XX) y, en fin, se ha mantenido viva la llama martirial, evitando que cayera en el mayor de los olvidos. Muchos son los hombres y mujeres que, movidos por amor a los mártires han sabido sacrificar su tiempo para mantener esta obra. A fin de perpetuarla se ha constituido recientemente la fundación Regina Martyrum, con el objeto de posibilitar los medios necesarios para mantener los procesos.

Un último proyecto de la Asociación, que dará mucha gloria a Dios, es la realización de un diccionario martirial en el que se fije definitivamente todos los mártires, religiosos y seculares, sus vida y la forma de su inmolución. Una labor ingente pero que a buen seguro quedará para la historia.

LA VOZ DE JUAN PABLO II

LA GLORIA DE LOS ALTARES

EN LA BEATIFICACIÓN DE LAS TRES MÁRTIRES DE GUADALAJARA (29 de marzo de 1987)

Las siervas de Dios que la Iglesia declara hoy dignas de la gloria de los altares, se abrieron particularmente a esta Luz del mundo que es Cristo. Y de modo particular lo han seguido caminando a través de la fe, a la luz de la vida eterna. Este camino de perseverancia, coronado con el fruto de la santidad de vida, da testimonio del poder sobrenatural del Espíritu que en la liturgia del Bautismo se expresa mediante el rito de la unción.

Por eso, al contemplar el camino que se abre en la vida de un cristiano por medio del Bautismo y que le lleva a la santidad en el Señor, la Iglesia, rebosante de confianza, se dirige hoy al Buen Pastor, con las palabras del Salmo responsorial: «El Señor es mi Pastor, nada me falta... me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre».

Las Beatas e hijas de la tierra española pronuncian hoy, con una especial acción de gracias, las palabras con las que toda la Iglesia expresa su confianza sin límites en Cristo, Buen Pastor. Él nos conduce muchas veces con mano firme y segura, a través de caminos difíciles y dolorosos, como lo expresan las siguientes palabras del Salmo: «Aunque camine por las cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo».

Con estas palabras pudieron dirigirse al Buen Pastor estas tres hijas del Carmelo, cuando les llegó la hora de dar la vida por la fe en el Divino Esposo de sus almas. Sí, «nada temo». Ni siquiera la muerte. El amor es más grande que la muerte y «Tú vas conmigo». ¡Tú, el Esposo Crucificado! ¡Tú, Cristo, mi fuerza!

Este seguimiento del Maestro, que nos debe llevar a imitarlo hasta dar la vida por su amor, ha sido casi una constante llamada, para los cristianos de los primeros tiempos y de siempre, a dar este supremo testimonio de amor —el martirio— ante todos, especialmente ante los perseguidores. Así la Iglesia, a través de los siglos ha conservado como un legado precioso las palabras que Cristo dijo. «El discípulo no es más que el maestro», y que «si a mí me han perseguido, lo mismo harán con vosotros».

Las tres mártires carmelitas tuvieron, sin duda, muy presentes, como conocemos por sus testimonios, aquellas palabras que dejó escritas su Santa Madre y

Doctora de la Iglesia, Teresa de Jesús: «El verdadero religioso... no ha de volver las espaldas a desear morir por Él y pasar martirio».

En la vida y martirio de Sor María Pilar de San Francisco de Borja, de Sor María Ángeles de San José y de Sor Teresa del Niño Jesús, resaltan hoy, ante la Iglesia, unos testimonios que debemos aprovechar:

— el gran valor que tiene el ambiente cristiano de la familia, para la formación y maduración en la fe de sus miembros;

— el tesoro que supone para la Iglesia la vida religiosa contemplativa que se desarrolla en el seguimiento total del Cristo orante, y es un signo preclaro del anuncio de la gloria celestial;

— la herencia que deja a la Iglesia cualquiera de sus hijos que mueren por su fe, llevando en sus labios una palabra de perdón y de amor a los que no los comprenden y por eso los persiguen;

— el mensaje de paz y de reconciliación de todo martirio cristiano, como semilla de entendimiento mutuo, nunca como siembra de odios ni de rencores;

— y una llamada a la heroicidad constante en la vida cristiana, como testimonio valiente de una fe, sin contemporizaciones pusilánimes ni relativismos equívocos.

La Iglesia se alegra al proclamar a estas nuevas Beatas y da gracias al Señor por su testimonio ejemplar. Por eso pedimos a la Virgen Santísima, Madre del Carmelo, Reina de los Apóstoles y Madre de Jesús, que interceda ante el Señor para que conceda a la Iglesia de nuestros días y en particular a la comunidad eclesial española:

— nuevos testimonios de generosidad y de firmeza en la fe;

— unos pastores que, en comunión con el sucesor de Pedro, sean auténticos maestros de la fe, y guías eficaces del Pueblo de Dios;

— un renacer de vocaciones sacerdotales que, como fruto de una sólida vida cristiana en las familias, sepan responder con generosidad a Cristo;

— y una vida interior profunda en todas las almas consagradas y en todos los apóstoles de la Iglesia.

EN LA BEATIFICACIÓN DE LOS MÁRTIRES DE DAIMIEL (1 de octubre de 1989)

La Iglesia hoy se alegra por estos hijos suyos que han recorrido el camino señalado por el Divino Maestro.

Ella se alegra por los mártires de la comunidad de los Pasionistas de Daimiel, en España. Era una comunidad dedicada exclusivamente a la formación de los jóvenes que allí, al amparo del Cristo de la Luz, se preparaban para ser sacerdotes y anunciar un día el Evangelio en tierras americanas, preferentemente en México, Cuba y Venezuela. La comunidad se componía casi en su totalidad de jóvenes de 18 a 21 años, asistidos por un selecto claustro de profesores y hermanos que cuidaban de su formación. Era un ambiente de gran entusiasmo misionero en un clima de retiro, estudio y oración. Hombres de Dios, que siguiendo el consejo de San Pablo amaban «*la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia*».

Ninguno de los religiosos de la comunidad de Daimiel se había mezclado en cuestiones políticas no obstante, en el clima del momento histórico que les había tocado vivir. También ellos se vieron arrastrados por la tempestad de persecución religiosa, dando generosamente su sangre, fieles a su condición de religiosos, y émulos, en pleno siglo veinte, del heroísmo de los primeros mártires de la Iglesia.

Cuando la noche del 21 de julio de 1936, se presentaron en el convento los milicianos armados, el superior provincial, P. Nicéforo, los reunió a todos en la Iglesia, donde se confesaron y recibieron la santa

comunión como Viático. Allí el P. Nicéforo les exhortó vivamente: «*Hermanos e hijos muy amados: Este es nuestro Getsemaní. La naturaleza en su parte débil, desfallece y se acobarda. Pero Jesucristo está con nosotros. Os voy a dar al que es fortaleza de los débiles. A Jesús se confortó un ángel. A nosotros es el mismo Jesucristo quien nos conforta y sostiene. Dentro de pocos momentos estaremos con Cristo. ¡Moradores del Calvario, ánimo y a morir por Cristo! A mí me toca animaros, pero yo mismo me estimulo con vuestro ejemplo*».

La mayoría, vivía soñando en el sacerdocio, pero el Señor había dispuesto que su primera misa fuera la de su propio holocausto. Ahora nosotros les exaltamos y damos gloria a Cristo, que los ha asociado a su cruz: «*El Señor ama a los honrados ... Él sustenta al huérfano y a la viuda, y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente*».

Elevando nuestros ojos hacia estos nuevos Beatos, podemos decir con razón que ellos conservaron «*el mandamiento sin mancha ni reproche*». Confiaron en Cristo, en su palabra, y esperaron su manifestación última en la gloria de su suprema y única realeza. Por eso acogieron su mensaje, siguiéndolo aquí abajo pobre y humilde, como siervos totalmente entregados a los hermanos. Con este espíritu amaron a la Iglesia, dieron testimonio en favor de ella, la sirvieron durante toda su vida generosa, combatiendo «*el buen combate de la fe*».

Calendario de las beatificaciones

29/3/87	— 3	Carmelitas de Guadalajara (Beatas María Pilar de San Francisco de Borja, Teresa del Niño Jesús y María Ángeles de San José) (24 de julio de 1936).	Compañía de María - Teresianas de Ganduxer (Barcelona —l'Arrabasada— 23/7/1936).
1/10/89	— 26	Pasionistas de Daimiel. Nicéforo Díez Tejerina y 25 compañeros (1936).	25/10/92 — 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios (1936).
29/4/90	— 8	Beato Cirilo Bertrán y 7 compañeros Hermanos de La Salle, de la Escuela de Turón y	« 51 Claretianos en Barbastro.
	1	Beato Inocencio de la Inmaculada (Manuel Camoura Arnau) Pasionista, confesor Escuela de Turón (Asturias) 1934.	10/10/93 — 1 Obispo Diego Ventaja, de Almería.
«	1	Beato Jaime Hilario Barbal Cosán, Hermano de La Salle, nacido en Enviny (Lérida). (Tarragona 18/1/1937).	2 1 Obispo Manuel Medina, de Guadix.
«	1	Hermana Mercedes Prat y Prat, Religiosa de la	« 7 Hermanos de La Salle, en Almería. Hermano Aurelio María y 6 compañeros.
			« 1 P. Pedro Poveda Castroverde, fundador de la Institución Teresiana.
			« 1 Beata Victoria Díez y Bustos de Molina, de dicha Institución Teresiana (julio-agosto de 1936).

EN LA BEATIFICACIÓN DE LOS MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE SAN JUAN DE DIOS Y CLARETIANOS (25 de octubre de 1992)

«He combatido el buen combate... he guardado la fe» (2 Tim. 4, 7).

Así se lee en la segunda carta a Timoteo. La Iglesia, al leer de nuevo estas palabras en el actual domingo, las aplica a los mártires españoles de la guerra civil. Estos son los que «han guardado la fe» en nuestro siglo, los que «han combatido el buen combate»: Los testigos (mártires) de Cristo Crucificado y Resucitado.

«Han guardado la fe». No se han asustado ante las amenazas y ante las intimidaciones. Se han mostrado dispuestos a sellar con la vida la verdad que profesaban con los labios. Se han mostrado dispuestos a «dar la vida»: «Nadie tiene amor mayor que éste: dar la vida» (Juan 15, 13).

Al santísimo martirio del mismo Hijo de Dios han asociado su martirio de la fe, de esperanza y de amor. Y este martirio, es decir, este testimonio ha recorrido toda Europa, que en el siglo XX, de forma particular, se ha enriquecido con el testimonio de muchos mártires: Desde el Atlántico hasta los Urales.

Los beatos Braulio María Corres, Federico Rubio y 69 compañeros, todos ellos religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, la mayoría españoles, «*Combatieron bien su combate, corrieron hasta la meta y mantuvieron su fe*» (cf. 2 Tim 4, 7). Por tratarse de personas consagradas de nuestro tiempo, estos mártires son conocidos y recordados todavía en sus lugares de origen o donde ejercieron su apostolado. En efecto, asiste a esta solemne beatificación un nutrido grupo de parientes cercanos y numerosos paisanos. No falta tampoco un pequeño grupo de religiosos compañeros de los mismos mártires, de los cuales recibieron un ejemplo inolvidable.

Especial mención merecen los siete hermanos hospitalarios de Colombia, por ser los primeros hijos de esa querida nación que llegan al honor de los altares. Ellos se encontraban en España completando su formación religiosa y técnica cuando el Señor los llamó a dar este testimonio de su fe. Hoy, *en coincidencia con el V Centenario de la Evangelización de América*, reconocemos públicamente su martirio y los presentamos como una primicia de la Iglesia colombiana.

Todos estos hermanos —perseverando en su consagración a Dios en el abnegado servicio a los enfermos y en fidelidad a los valores del carisma y misión

hospitalaria que practicaban— dieron su vida por la fe y como prueba suprema de amor. Su martirio sigue los pasos de Cristo, misericordioso y buen samaritano, tan cercano al hombre que sufre al entregar la vida por la salvación del género humano. No hay duda de que tenían muy presente una exhortación de su fundador, San Juan de Dios: «Si mirásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer bien mientras pudiésemos» (*1ª Carta a la duquesa de Sesá*). Estos mártires *son ejemplo y estímulo para todos*, pero particularmente para vosotros, religiosos de la Orden Hospitalaria, y también para cuantos dedicáis vuestra vida al cuidado y servicio de los enfermos, especialmente los más pobres y marginados. En vuestro apostolado tratad de ser siempre instrumentos del Señor, que «está cerca de los atribulados y salva a los abatidos», como hemos cantado en el salmo respondorial (33, 19).

«*Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente*» (2 Tim 4, 6). Estas palabras de San Pablo, que acabamos de escuchar, parecen inspirar los mensajes dejados por los mártires Felipe de Jesús Munárriz y 50 compañeros misioneros hijos del Corazón Inmaculado de María. *Todos ellos, también de nuestro tiempo, pertenecían a la Comunidad-Seminario de la ciudad aragonesa de Barbastro.*

Es todo un Seminario el que afronta con generosidad y valentía su ofrenda martirial al Señor. *La entereza espiritual y moral de esos jóvenes* nos ha llegado a través de testigos oculares y también por sus escritos. A este respecto son bien elocuentes los testimonios personales que los jóvenes seminaristas nos han transmitido. Uno de ellos escribiendo a su familia dice: «Al recibir estas líneas canten al Señor por el don tan grande y señalado como es el martirio que el Señor se digna concederme». Otro escribía también: «¡Viva el Corazón Inmaculado de María! Nos fusilan únicamente por ser religiosos». Y añade en su lengua materna: «No ploreu per mi. Soc màrtir de Jesucrist!».

Estos mártires expresaban su firme decisión de dedicarse al ministerio sacerdotal en los siguientes términos: «Ya que no podemos ejercer el sagrado ministerio en la tierra, trabajando por la conversión de los pecadores, haremos como Santa Teresita: pasaremos nuestro cielo haciendo bien en la tierra.»

Todos los testimonios recibidos nos permiten afirmar

que estos claretianos *murieron por ser discípulos de Cristo*, por no querer renegar de su fe y de sus votos religiosos. Por eso, con su sangre derramada nos animan a todos a vivir y morir por la Palabra de Dios que hemos sido llamados a anunciar.

Los mártires de Barbastro, siguiendo a su fundador San Antonio María Claret, que también sufrió un atentado en su vida, sentían el mismo deseo de derramar la sangre por amor de Jesús y de María, expresada con esta exclamación tantas veces cantada: «Por ti, mi Reina, la sangre dar». El mismo santo había trazado un programa de vida para sus religiosos: «Un hijo del Corazón Inmaculado de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura, por todos los medios, encender a todo el mundo en el fuego del divino amor» (*Biografía*, cap. 34).

Unánime es el testimonio de que, tanto los hermanos de San Juan de Dios como los misioneros claretianos, *murieron dando gloria a Dios y perdonando a sus asesinos*. Varios de ellos, en el momento del martirio, repiten las mismas palabras de Cristo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Todos prefieren la muerte antes que renegar de la fe y de su vida religiosa. Caminan hacia el suplicio contentos por el don del martirio del que no se sienten dignos, no obstante en el corazón de todos, especialmente de los jóvenes, se fraguarán grandes ideales apostólicos de anunciar el Evangelio a los hombres; unos, con el cuidado de los enfermos; los otros, con el ministerio de la predicación como misioneros.

En el mismo momento supremo de la prueba *todos manifiestan un gran amor a su Instituto* y también a su familia natural, en cuyo seno han recibido la semilla de la fe, dando los primeros y sólidos pasos en la vida cristiana que les llevaría a descubrir la semilla de su vocación religiosa, apoyados por el desprendimiento y generosidad de los propios padres.

El testimonio de estos beatos es un ejemplo vivo y cercano para todos, pero particularmente para vosotros, hermanos de San Juan de Dios y Misioneros Claretianos. Al ser jóvenes y estudiantes de Teología la mayoría de ellos, su vida es como *una llamada directa a vosotros, novicios y seminaristas*, a reconocer la validez permanente de una adecuada formación y preparación intensa, basada en una sólida piedad, en la fidelidad a la vocación y en la pertenencia gozosa a la Iglesia, sirviéndola a través de la propia congregación, en una vida abnegada de comunidad, en la perseverancia y testimonio de la propia identidad religiosa. Sin todos estos presupuestos, nuestros beatos no habrían podido alcanzar la gracia del martirio.

Todos estos mártires nos han dejado, de palabra o por escrito, un mensaje particular: *el perdón de los enemigos*. Toca a cada uno de nosotros poner en práctica ese perdón. Con San Pablo podemos repetir: «Que Dios les perdone» (2 Tim 4, 16), pero al mismo tiempo cada cristiano debe plantar en el propio ambiente esta *semilla del perdón*. No cabe duda de que nuestros mártires, con su constante intercesión y protección, la harán crecer en copiosos frutos de reconciliación.

EL HOMENAJE DEL POETA

Sainte Espagne, à l'extrémité de l'Europe, carré et concentration de la Foi et masse dure, et retranchement
[de la Vierge Mère,

Et la dernière enjambée de saint Jacques qui ne finit qu'avec la terre,
Patrie de Dominique et de Jean, de François le Conquerant et de Thérèse,
Arsenal de Salamanque, et pilier de Saragosse, et racine brûlante de Manrèse,
Inébranlable Espagne, refus et la demi-mesure à jamais inacceptée,
Coup d'épaule contre l'hérétique pas à pas repoussé et refoulé,
Exploratrice d'un double firmament, raisonneuse de la prière et de la sonde,
Prophétesse de cette autre terre dans le soleil là-bas et colonisatrice de l'autre monde,
En cette heure de ton crucifiement, sainte Espagne, en ce jour, soeur Espagne, qui est ton jour,
Les yeux pleins d'enthousiasme et de larmes, je t'envoie mon admiration et mon amour!

PAUL CLAUDEL (mayo de 1937)

EN LA BEATIFICACIÓN DE ONCE MÁRTIRES DE ANDALUCÍA (10 de octubre de 1993)

«Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4, 13).

Son palabras del Apóstol San Pablo puestas hoy por la Iglesia en los labios de los mártires que, en nuestro siglo, de manera renovada, han dado testimonio de una fuerza sorprendente. ¡Todo lo puedo en Cristo! En Cristo Crucificado. La fuerza redentora se encuentra en su agonía, en su muerte, en su sacrificio. Esta es la fuerza del amor: un amor más fuerte que la muerte; un amor vivificante, que se ha revelado por completo en la resurrección.

Todo lo podemos en Cristo Crucificado y resucitado, nos dicen los nuevos beatos. Él nos ha dado el Espíritu del testimonio definitivo y fuertes con este Espíritu hemos ido al encuentro de la muerte. ¡Ojalá que nuestra muerte se transforme en semilla de vida! ¡Ojalá que la semilla que muere dé fruto!

La Iglesia escucha estas palabras de los mártires, que hoy proclama beatos. Mira con veneración su testimonio. La Iglesia os saluda, bienaventurados: «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5, 10).

«A Dios, nuestro Padre, la gloria por los siglos de los siglos» (Flp 4, 20).

Con estas palabras de San Pablo —queridos hermanos en el Episcopado, dignísimas autoridades y amadísimos fieles—, se nos hacen presentes los mártires de la Iglesia de España, a los cuales hemos aclamado con gran gozo al ser elevados al honor de los altares. Todos ellos, fieles servidores del Señor, fueron como los enviados del rey, según hemos escuchado en la parábola del Evangelio, a quienes también «maltrataron hasta matarlos» (Mt 22, 6).

Estos enviados fueron los dos obispos y siete Hermanos de las Escuelas Cristianas, que en Almería recibieron la palma del martirio. Don Diego Ventaja Milán, obispo de Almería, y don Manuel Medina Olmos, obispo de Guadix, fueron, ante todo, la imagen viva del Buen Pastor que ama a las ovejas, que no las abandona en el momento del peligro y que, finalmente, da la vida por ellas.

Y ellos la dieron, siguiendo el ejemplo de Cristo, perdonando a los propios verdugos. Como relataron testigos presenciales, monseñor Ventaja dijo a los que

iban a matarlo: «Que Dios os perdone como yo os perdono de todo corazón y que esta sea la última sangre que derraméis.»

Testigos de Jesucristo fueron también los Hermanos de las Escuelas Cristianas, del colegio La Salle de Almería: Aurelio María, José Cecilio, Edmigio, Amalio, Valerio, Bernardo, Teodomiro Joaquín y Evencio Ricardo. Su vida, consagrada al Señor, con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, se había ido forjando a través de su trabajo humilde y callado en la enseñanza. Con las mismas palabras de San Pablo habrían podido repetir: «Sé vivir en pobreza y abundancia. Estoy entrenado para todo y en todo» (Flp 4, 12).

Estos religiosos sabían muy bien, teniendo presentes las enseñanzas y ejemplo de su fundador, San Juan Bautista de La Salle, que estaban expuestos a todo tipo de ultrajes y calumnias, a pesar de su abnegada labor de educar cristianamente a los niños y jóvenes. A este respecto, Aurelio María, al enterarse del martirio de los Hermanos de Turón, en Asturias, exclamaba: «¡Qué dicha la nuestra si pudiéramos verter nuestra sangre por tan elevado ideal! Redoblemos nuestro fervor de educadores religiosos y así nos haremos dignos de tal honor.»

Sentimientos parecidos latían en el ánimo del padre Pedro Poveda Castroverde, fundador de la Institución Teresiana, el cual también supo mantener el propio testimonio hasta derramar su sangre. Su máxima aspiración fue siempre responder, como Jesús, a la voluntad del Padre. «Señor, que yo piense lo que Tú quieres que piense —leemos en sus escritos—; que yo quiera lo que Tú quieres que quiera; que yo hable lo que Tú quieres que hable; que yo obre como Tú quieres que obre» («Diario», 15-3-1933).

Del profeta Isaías hemos escuchado: «La mano del señor se posará sobre este monte» (25, 10a). En efecto, a los pies de la Santina en Covadonga, llevado de su profundo amor a la Virgen María, el nuevo beato encontró la inspiración de sus anhelos apostólicos, que se centraron en promover la presencia evangelizadora de los cristianos en el mundo, principalmente desde el campo de la enseñanza y de la cultura, con un espíritu de profundo sentido eclesial, de fidelidad sin reserva y de generosa entrega.

FRANCISCO CASTELLÓ ALEU

Javier Barraicoa

Durante mucho tiempo, en una carpeta con el epígrafe de Francisco Castelló Aleu, descansaba la documentación referente a la vida y martirio de un joven leridano. Era un proceso detenido, como tantos otros, y prácticamente olvidado. Sólo el empeño de los familiares y la Providencia logró que se reabriera el proceso, que está a punto de culminarse.

Estamos acostumbrados a muchas biografías martiriales de hombres y mujeres consagrados, pero fueron innumerables los testimonios de seglares. Francisco Castelló fue uno de ellos.

Toda su breve existencia es un canto a la vida ordinaria en Cristo, y la manifestación de una gracia extraordinaria en la hora de la muerte. Como todo ser humano, encontró en la vida dificultades que fueron curtiendo su carácter. De bien pequeño perdió a su padre. Su madre, como tantas mujeres, supo sacar adelante a la familia. Retomó sus estudios de Magisterio y ejerció de maestra. Todo parecía rehacerse en la vida de Francisco, pero quince años más tarde, Dios se llevó a su madre. Sólo gracias a una tía y a la generosidad de un sacerdote jesuita pudo mantenerse la familia y Francisco seguir sus estudios en Barcelona.

Estudió en el Instituto Químico de Sarriá. Las notas fueron sobresalientes, pero el ambiente social acabó afectando a unos estudios que hubo de concluir en Oviedo. La Compañía de Jesús había sido disuelta por el gobierno de la República. Las cosas van cambiando en España, el ambiente se enrarece. El propio Francisco se ve afectado por esta circunstancia. Durante el primer año de sus estudios universitarios se entibia su espíritu; es una crisis espiritual que puede resolverse gracias a un compañero de estudios, también jesuita, que da unos ejercicios para estudiantes. A partir de entonces se vuelca en el apostolado, participando en la actividades de una Congregación Mariana. Vuelto a Lérida, extiende su apostolado en la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña, donde ocupará cargos de responsabilidad. El apostolado le lleva a El Canyeret, barrio suburbial de Lérida, donde ejercerá una inolvidable obra social.

Mientras tanto, la vida sigue su curso normal. Trabajaré en una importante empresa leridana de abonos químicos. Y encuentra a la mujer de su vida, María, con la cual se promete rápidamente.

Era buena cristiana y militante feyocista. Se conserva

una preciosa carta que Francisco le dirigió desde la cárcel, expresándole el verdadero sentir del cristiano ante la hora suprema. Ella misma, con toda entereza, fue a buscar la carta cuando le comunicaron su muerte.

Poco se podía imaginar nadie que ésta llegaría tan pronto.

Francisco cumplía su servicio militar en Lérida. En el cuartel ya había tenido que demostrar su condición de cristiano cuando ante un oficial blasfemo había tenido que decir: «Pido al señor oficial que se limite a lo que es su obligación y se abstenga de herir los sentimientos de los creyentes. Se lo pido en virtud de las propias leyes de la República». Tras los acontecimientos del 18 de julio y el fracaso de los militares en Barcelona, la revolución estalla en Lérida. Enseguida es detenido. Los días de cárcel son días de gracia. Su carácter alegre es recordado por los que sobrevivieron a aquellos tristes días; llegó a editar un pequeño diario humorístico. Para todos tenía una palabra de esperanza.

Un tal José Claverol, pariente lejano y hombre de izquierdas, trató de mediar por su liberación. En el expediente acusatorio se leía su culpa: «ser de misa y hacer propaganda católica». Claverol intentó varias veces que el joven Francisco se retractara de su fe para salvar el cuerpo. Finalmente Francisco, con buenas maneras, supo despedir la tentación. Se acercaban los últimos momentos. El juicio contra él se celebró el 29 de setiembre de 1936. Toda una comedia disfrazada de orden legal. Se recoge el siguiente interrogatorio:

Presidente de Tribunal: —¿Qué respondes a las pruebas que te acusan de fascista?

Francisco: —Yo no soy fascista. Nunca he militado en ningún partido político.

Fiscal: —Hay pruebas. En tu casa y en la fábrica donde trabajas se han encontrado libros que demuestran tus contactos con las naciones fascistas.

Francisco: —En casa y donde trabajo no habéis podido encontrar otra cosa que libros de estudio. Por mi condición de químico estudiaba los idiomas italiano y alemán, imprescindibles para esa ciencia. Como quiera que en Lérida no hay profesores de esos idiomas, seguía las lecciones por radio. Las emisoras respectivas, a semejanza de otras, me enviaban folletos y textos. Por lo que a mí respecta, no me guiaba otra intención que la de perfeccionarme en mi profesión.

Fiscal: —En fin, acabemos. ¿Eres Católico?

Francisco: —Sí, soy Católico.

Automáticamente se pide la pena de muerte. El presidente del tribunal pregunta a Francisco si quiere defenderse. Francisco, totalmente entero, responde: «No es necesario. ¿Para qué? Si ser católico es un delito, acepto gustoso ser delincuente, ya que la felicidad más grande que puede encontrar un hombre en este mundo es morir por Cristo». La pena se aplicará inmediatamente. Sólo le queda un poco de tiempo para escribir

unas líneas, para despedirse de los seres más queridos. Por la noche son conducidos al cementerio. Al llegar al puente sobre el río Segre, pregunta a sus guardianes si puede cantar. Con el permiso concedido entona el Credo, en catalán, en la entrañable versión de Mn. Lluís Romeu. Una vez en el cementerio, frente al piquete, levanta la mano derecha y dice: «¡Un momento, por favor! Os perdono a todos. Hasta la eternidad». Segundos después su joven cuerpo era segado por las balas y su alma eterna entraba en la gloria.

CARTAS DE FRANCISCO CASTELLÓ

Carta a sus familiares

Queridas:

Acaban de leerme la pena de muerte y jamás he estado tan tranquilo como ahora. Estoy seguro de que esta noche estaré con mis padres en el cielo; allí os esperaré a vosotras.

La Providencia divina ha querido escogerme a mí como víctima de los errores y pecados cometidos por nosotros. Voy con gusto y tranquilidad a la muerte. Nunca como hasta ahora tendré tantas posibilidades de salvación.

Se ha terminado mi misión en esta vida. Ofrezco a Dios los sufrimientos de esta hora.

No quiero en modo alguno que lloréis por mí: es eso lo único que os pido. Estoy muy contento, muy contento. Os dejo con pena a vosotras, a quienes tanto he amado, pero ofrezco a Dios este afecto y todos los lazos que me retendrían en este mundo.

Teresina: sé valiente. No llores por mí. Soy yo quien ha tenido una inmensa suerte, que no sé cómo agradecer a Dios. He cantado el «Amunt, que és sols camí d'un dia» [el himno de los ejercitantes] con toda propiedad. Perdóname las penas y los sufrimientos que te he causado involuntariamente. Yo siempre te he querido mucho. No quiero que llores por mí ¿oyes?

María: Pobre hermanita mía. También tú serás valiente y no te abrumará este golpe de la vida. Si Dios te da hijos, les darás un beso de mi parte, de parte de su tío, que los amará desde el cielo. A mi cuñado un fuerte abrazo. Espero de él que será vuestra ayuda en este mundo y sabrá sustituirme.

Tía: en este momento siento un profundo

agradecimiento por cuanto Vd. ha hecho por nosotros. Nos encontraremos en el cielo dentro de unos años. Sepa Vd. gustarlos con toda clase de generosidad.

Desde el cielo rogaré por Vd. éste que le quiere tanto.

Saludos a Bastida, a la señora Francisqueta, a los «didos», a Puig, a López, a los amados compañeros de la Federación, que no quiero nombrar. A todos los amigos les diréis que muero contento y me acordaré de ellos en la otra vida.

Carta a su novia

Querida Mariona:

Nuestras vidas se unieron y Dios ha querido separarlas. A Él le ofrezco, con toda la inmensidad posible, el amor que te profeso, mi amor intenso, puro y sincero.

Siento tu desgracia, no la mía. Siéntete orgullosa: dos hermanos y tu prometido. ¡Pobre Mariona!

Me está sucediendo algo extraño, no puedo sentir pena alguna por mi suerte. Una alegría interna, intensa, fuerte, me invade por completo. Querría hacerte una carta triste de despedida, pero no puedo. Estoy todo envuelto de ideas alegres como un presentimiento de Gloria.

Querría hablarte de lo mucho que te habría querido, de las ternuras que te tenía reservadas para tí, de lo felices que habríamos sido. Pero para mí todo es secundario. Voy a dar un gran paso.

Una cosa quiero decirte: si puedes, cástate. Desde el cielo yo bendeciré tu unión y tus hijos. No quiero que llores, no lo quiero. Siéntete orgullosa de mí. Te quiero.

No tengo tiempo para más.

AFINIDADES ENTRE LUIS VIVES Y TOMÁS MORO

José María Romero Baró
Universidad de Barcelona

INTRODUCCIÓN

Hace casi cincuenta años, esta misma revista publicaba un número en parte dedicado a conmemorar la canonización de Santo Tomás Moro el 19 de mayo de 1935. Se destaca así el hecho poco conocido e incluso tergiversado de que Moro fuera un auténtico cristiano en el Renacimiento, que dio con su vida ejemplo de unidad entre la fe y la ciencia propia de su época, una ciencia que no le había ensoberbecido en modo alguno. Podría pensarse que la nueva ciencia exigía a sus cultores una nueva relación con la Iglesia, lo cual es falso. «Su elevación a los altares —nos dice la editorial refiriéndose a Moro—, desmiente que el Cisma de Inglaterra en particular y la separación de la sociedad civil de la Iglesia romana en general, nacieran de la renovación de los estudios o Renacimiento: donde éste se encontró con almas humildes engendró mártires, cuando anidó en pechos soberbios dio lugar a cismáticos» (1). Nunca la sabiduría ha florecido lejos de la humanidad, y para acercar mejor las dos figuras de Vives y Moro, será útil conocer mejor el perfil humano de este último.

El talante peculiar del Santo contrasta hoy en el entorno inglés mayormente protestante. «Moro fue ante todo lo que hoy llamaríamos un católico a prueba de bomba; el ‘muro fuerte’ de que habló Lope de Vega, ‘más Bautista que Tomás’ porque no necesitó ver para creer. Creía, como el Precursor, con fe de vidente» (2). Pero si Moro es modelo de catolicismo en un ambiente cismático, su carácter burlón de lo propio fue espejo de una caballerosidad que moría con él. «La euforia de Tomás Moro, velada por sus bromas burlonas como su sol inglés por las neblinas, es hermana carnal de las francas alegrías... La ironía es también una de las excelencias de los espíritus superiores; unas veces excipiente que dora la píldora, otras calmante que amortigua la reprimenda, muchas escarceo de la bondad misma para no dar paso a la indignación» (3). Para la posteridad, Moro será para todos un ejemplo difícil de ser imitado. «De todos los santos canonizados por la Iglesia durante estos últimos cuatro siglos, es Santo Tomás Moro uno de los más afines a nuestra propia época (...) Otros santos nos inspiran por su intensa devoción

contemplativa, o por la dedicación absoluta de sus vidas al servicio de Dios, pero Moro nos interesa hoy por haber sido un seglar cristiano que vivió también en una época de cambios revolucionarios» (4).

Tomás Moro es así el precedente del actual cristiano *comprometido* de hoy, del militante, sobre todo en el terreno intelectual. «Moro, siendo un intelectual, comprendía que nadie puede sin grandes pérdidas ignorar los acontecimientos de su propia época, y que aun la fe se marchita cuando el seglar que la profesa se desentiende del mundo circundante» (5). La ciencia nueva, actual, contemporánea, de la que se hablaba más arriba, es el medio natural en el que se desarrolla el pensamiento del seguidor de Cristo, y no puede ser menospreciado. «Pero al mismo tiempo, como cristiano, Moro creía que los verdaderos preceptos morales tenían como fundamento la garantía objetiva de la revelación (6), pues el camino de la Cruz está ya trazado. Moro es así, por tanto, un cristiano tan comprometido con la ciencia de su tiempo como con la Iglesia y con la Tradición, que son una a pesar de las fuerzas que intentan disgregarlas. «Moro se sintió llamado a trabajar por la reconciliación de estas dos posiciones, en una edad en la que se tendía a verlas en irreconciliable oposición (...), tomando parte

(1) «El intelectual que dio la vida por la Cristiandad», en *Cristiandad*, Año III, Núm. 51, 1 de mayo de 1946, pp. 181. Moro es aquí citado como ejemplo y «verdadero modelo de intelectual católico» en cuyo espejo bien pueden mirarse los estudiosos del catolicismo en Inglaterra. Manning y Newman serían epígonos de ese movimiento intelectual incesante que quiere unificar todavía la ciencia con la fe, y que se resiste a cualquier intento de división entre ellas.

(2) «El Platón de Chelsea», ídem., p. 184, citado de «María Tudor», de Llanos y Turriglia. El epitafio de Lope ahí reproducido es el siguiente: «Aquí yace un *moro* santo/ en la vida y en la *muerte*./ de la Iglesia *muro* fuerte./ *mártir* por amarla tanto./ Fue Tomás, y más seguro/ fue Bautista que Tomás./ pues fue, sin volver atrás./ *mártir*, *muerto*, *moro* y *muro*».

(3) *Ibíd.*, íd., p. 185.

(4) Derek Traversi, «Santo Tomás Moro: una apreciación inglesa», en *Cristiandad*, cit., p. 186.

(5) *Ibíd.*, íd.

(6) *Ibíd.*, íd.

activa en la sociedad contemporánea y al mismo tiempo manteniendo con firmeza sus principios cristianos» (7). Ciencia y fe, Iglesia y Tradición se hermanan así en una vida que ha elegido a Cristo por cabeza y guía.

El trabajo de revisión textual llevado a cabo por los humanistas del Renacimiento puso a su alcance la posibilidad de renovar y fortalecer su antigua fe. «Al devolver a los textos su primitiva pureza, estos humanistas (Erasmus y Moro) se encontraban en posesión de una visión fresca y nueva, aplicable a la vida de su propia época. Esta visión no implicaba de manera alguna una ruptura con las verdades cristianas, ni con las grandes tradiciones del pasado, sino que era más bien un enriquecimiento de la herencia común. (...) Erasmus vivió y Moro murió, entre otras cosas, por la unidad, la vida y la continuidad de la cultura europea» (8). Moro es así testimonio (*mártir*) de la posible unidad entre la ciencia y la fe dentro de la tradición de la Iglesia.

Una vez situado el ideal cristiano dentro del entorno intelectual y humanista de Moro, veamos cuáles pueden haber sido las manifestaciones o interpretaciones hispánicas del mártir inglés.

SIMPATÍAS ENTRE VIVES Y MORO

Sabemos que el valenciano Luis Vives —de quien acabamos de celebrar el quinto centenario de su nacimiento— vivió muy cerca del humanismo de Moro. Vives habría establecido contacto con el sabio inglés allá por el año 1521 con motivo de un parlamento de éste en Brujas con el rey de España Carlos V, iniciándose una amistad generosa que sólo terminaría con el encarcelamiento y la muerte de Moro. Pero conservamos una carta algo anterior donde ya el futuro canciller le confiesa a Erasmo la simpatía que siente por el joven español: «Créeme, amigo Erasmo —le dice—, me avergüenzo de mí mismo y de los semejantes en mí, que por uno que otro opúsculo lleno casi de necedades nos vanagloriamos, mientras que veo a Vives, que siendo tan joven, ha publicado tantas obras, tan bien redactadas, con frase tan elegante, aunque de materias tan intrincadas. (...) Veo allí tratados los mismos temas que yo mismo traté tiempo atrás, aun antes de haber leído a Vives, y había expuesto con los mismos argumentos» (9), testimonio con el cual bien podemos afirmar que la simpatía de Moro por Vives alcanza al texto mismo y a la letra de lo escrito.

Sin embargo, podremos afirmar también que su coincidencia alcanza cotas más altas que van al espíritu y no sólo a la materialidad de la letra, pues prosigue Moro diciéndonos: «así es que me llena de satisfacción

el creer que *una misma inspiración venida del cielo por una secreta y misteriosa simpatía, unió entre sí nuestras mentes*» (10), como dejando entrever que sólo por los ojos de una misma fe podrían ver lo mismo como lo veían.

En el período que va desde 1523 hasta 1528 es cuando parece que Vives más estrecha el contacto con el círculo humanista y la familia de Moro, así como la relación con la familia real inglesa donde la reina, no lo olvidemos, es española. Recordemos también que Vives escribe en 1523 su *De institutione feminae christianae* para la reina y su hija, de la que es preceptor, y donde «hace honorable mención del hogar de Moro» y del modelo de sus hijas (11). De este modo, no parece en absoluto descabellado imaginar a Vives dentro de la atractiva órbita del sabio inglés, entonces tan cercano de palacio. La misma relación entre el futuro canciller y el rey inglés quizá pudo haberse visto fortalecida por la amistad adicional entre Vives y la reina española. Sea como fuere, parece claro que, para Vives, el círculo humanista y el mecenazgo tanto de Moro como de la corona inglesa habían llegado ya a su cénit e iban a perderse rápida e irremediamente a partir de 1528, tras su breve arresto ordenado por el propio rey.

Con todo, no parece que Vives haya permanecido nunca enteramente a su gusto en tierras inglesas, a juzgar por sus quejas respecto del clima y las costumbres del país (12), y aun de la corte misma (13). La vuelta de Vives a Brujas en 1528 marca el fin de su estancia en Inglaterra y el de su relación con aquel humanismo cristiano que tanto aprovechara. El 10 de mayo de 1534 le escribe temeroso a Erasmo: «Vivimos unos momentos

(7) *Ibíd.*, *íd.*

(8) *Ibíd.*, *íd.*

(9) «Tomás Moro a Erasmo. Carta fechada en Canterbury el 26 de mayo de 1520», en Juan Luis Vives, *Epistolario*, Ed. J. Jiménez Delgado, Ed. Nacional, Madrid, 1978, pp. 181-183; citado por el P. Eusebio Rey, S.I., «Cuatro interpretaciones españolas de Tomás Moro (Vives, Ribadeneyra, Quevedo, Balmes)», en *Cristiandad*, *cit.*, pp. 190-193, p. 190, de donde hemos tomado la idea de esta relación entre Moro y Vives que ahora estamos exponiendo.

(10) *Ibíd.*, *íd.*, *ídem*. Subrayado mío.

(11) Eusebio Rey, *loc. cit.*, p. 191.

(12) Vives se refiere, en el *Epistolario* citado, al cielo siempre cubierto de nubes que esconden el sol y entristecen el ambiente. se queja también de las costumbres culinarias inglesas que tan pesadas digestiones le producen.

(13) «Tengo por habitación un cuchitril estrechísimo donde no hay mesa alguna, apenas sillas, rodeado circularmente de otros cuchitriles llenos siempre de estrépitos y de gritos, de manera que no puede el espíritu recogerse dentro de sí mismo, aun cuando quiera y haga los mayores esfuerzos» (*Epistolario*, *cit.*, p. 49).

difíciles, en los que no podemos ni hablar ni callar sin riesgo. En España han sido detenidos Vergara y su hermano Tovar; además otros sabios varones. En Inglaterra, los obispos Rofense y Londinense y también Tomás Moro. Pido para mí una vejez tranquila» (14). La tormenta se ha desatado y Vives corre el peligro de ser arrollado por su doble relación con Moro y la reina.

Consumado el Cisma de Inglaterra, la causa protestante gana adeptos y R. Gualther, un discípulo de Zwinglio, intenta arrastrar a Vives. Tenemos testimonio escrito del intento, donde se nos dice que «Vives reprochaba al rey inglés que se llamara a sí mismo pontífice de la iglesia, por más que no pudiera celebrar misa ni absolver pecados, y le parecía que este hombre, por lo demás prudentísimo, desvariaba en esto miserablemente». Por lo que parece, Vives habría sentenciado: «La discordia de las iglesias consiste en pedimos constantemente que tengamos por religión la de la ciudad. De ahí que lo mejor sea que todos reconozcamos a una cabeza única en la iglesia, que a todos nos conforme en una sola fe» (15). Una sola cabeza y una sola fe: he ahí el testimonio de Vives que en esto tanto le acerca al de Moro, como va a verse a continuación.

EL TESTAMENTO DE MORO

Acabamos de ver cómo el español Luis Vives se retira de la corte inglesa y cómo se niega a sumarse al movimiento disgregante de la Iglesia romana, dando así testimonio de su fe unitaria. Más atrapado en su propio destino, Moro se verá también obligado a dar testimonio de su fe en la unidad de la Iglesia, pero esta vez con su vida. Con su decisión, Moro vendrá a rubricar su postura afín con la de Vives, pero esta vez de una manera definitiva, como podremos ver en su proceso.

Sabemos que Tomás Moro fue desposeído de su cargo de Canciller y encerrado en la Torre de Londres para ser juzgado de alta traición, desgracia en la que le preceden el obispo Fisher y, acaso, el mismo cardenal Wolsey. Podemos seguir con algo de detalle el proceso seguido contra el santo basándonos en el relato que nos dejara el P. Ribadeneyra (16), siguiendo muy probablemente un escrito anterior de Nicolás Sanders (17). En primer lugar, veamos la declaración hecha por Moro ante el tribunal, para darnos una idea del clima adverso en el que se iba a llevar a cabo el resto del proceso. «Yo, por la gracia de Dios, siempre he sido católico, y nunca me he apartado de la comunión y obediencia del Papa, cuya potestad entiendo que es fundada en el derecho divino y que es legítima, loable y necesaria, aunque vosotros temerariamente la habéis querido abrogar y

deshacer con vuestra ley» (18). Con tales palabras, ya se ve que el propio reo firma su sentencia de muerte, destino que había asumido ya y del cual no le habían apartado los consejos de los suyos, ni las lágrimas de su hija Margarita, cuando habían acudido a disuadirle en la prisión.

Mas la de Moro, no es sólo una ciega profesión de fe; tiene *razones* para llevar hasta el final su recorrido. El humanista insigne que era él había dedicado largos años de su vida a la tranquila meditación, buscando razones para defender mejor su fe. Baste con recordar sus cuatro años en la cartuja londinense. Así, recordando sus estudios ahora prosigue: «Siete años he estudiado esta materia y he revuelto muchos libros para entenderla mejor, y hasta ahora no he hallado autor santo y grave, ni antiguo ni moderno, que diga que en las cosas espirituales y que tocan a Dios, hombre y príncipe temporal pueda ser cabeza y superior de los eclesiásticos que son los que han de gobernar» (19). Quizá Moro hubiera intensificado sus estudios respecto a esta materia a raíz del intento cismático del rey, notorio y muy mal disimulado, lo cual le lleva a oponerse y enfrentarse a aquel intento con tan sólidas razones que ninguno de los miembros del tribunal se entretendrá en discutirle. El Cisma estaba decidido por regia voluntad y nadie osaría oponerse a ella, salvo Moro, quien sigue reprochándoles a sus jueces lo débil de su firmeza. «También digo que el decreto que habéis hecho ha sido muy mal hecho, porque es contra el juramento que habéis hecho de no hacer jamás cosa contra la Iglesia católica, la cual por toda la cristiandad es una e individua, y no tenéis vosotros solos autoridad para hacer leyes ni decretos ni concilios contra la paz y unión de la Iglesia universal. Esta es mi sentencia, esta es mi fe, en la cual moriré con el favor de Dios» (20).

(14) J.L. Vives, *Epistolario*, cit., p. 581. Carta a Erasmo el 10 de mayo de 1534. Citada también por E. Rey, loc. cit., p. 191. Vives se refiere al rey Enrique VIII al decir que no puede hablar, y a la reina Catalina de Aragón al decir que no puede callar sin riesgo alguno.

(15) *Ibíd.*, p. 32, nota. La entrevista tuvo lugar en Brujas el 4 de mayo de 1537, en la propia casa de Vives. Rodolfo Gualther hubo de volverse sin ver cumplido su propósito.

(16) Pedro de Ribadeneyra, S.I., «Historia del Cisma de Inglaterra», en *Historias de la Contrarreforma*, BAC, Madrid, 1945, pp. 893-1326.

(17) Nicolás Sanderi, *de Origine ac Progressu Schismatis Anglicani*, Roma, 1586.

(18) Pedro de Ribadeneyra, cit., p. 982, citado también por E. Rey, p. 192.

(19) *Ibíd.*, *íd.*

(20) *Ibíd.*, *íd.*

Tomás Moro no podía desconocer el alcance de sus palabras sentenciarias, porque «apenas las había pronunciado, cuando todos los jueces a grandes voces comenzaron a llamarle traidor al Rey. (...) Entonces el cancellario le dijo a Moro: “¿Pensáis vos ser mejor o más sabio que todos los Obispos, Abades y eclesiásticos, que todos los nobles, caballeros y señores, que todo el concilio, o por mejor decir, que todo el reino?”». Moro echa ahora mano de toda la tradición milenaria y riquísima para refutar definitivamente al tribunal que intenta juzgarle en vano, respondiendo: «Señor, por un Obispo que vos tenéis de vuestra parte, tengo yo ciento de la mía, y todos santos; por vuestros nobles y caballeros, tengo yo toda la caballería y nobleza de los mártires y confesores; por un concilio vuestro (*que sabe Dios cómo se ha hecho*), están a mi favor todos los concilios generales que en la Iglesia de Dios se han celebrado en mil años ha, y por este pequeño reino de Inglaterra, defienden mi verdad los reinos de Francia, España, Italia y todas las otras provincias, potentados y reinos amplí-

simos» (21). No se juzgaba a una persona sola, sino a la Iglesia católica en su totalidad. Tal vez por ello el tribunal se veía impotente y «oyendo estas palabras que había dicho Moro delante del pueblo, *pareciendo a los jueces que no ganarían nada*, le mandaron apartar, habiéndole dado la sentencia de muerte» (22).

CONCLUSIÓN

Hemos abordado la vida del santo inglés Tomás Moro con la finalidad de analizar las razones de su entrega ejemplar. Entre éstas hallamos el ideal unitario de la Iglesia una e indivisible en la larga tradición del catolicismo universal. El ejemplo del sabio humanista inglés fue seguido en parte por el español Luis Vives, y en el fondo de este último creemos ver también un amor profundo por la Iglesia que atestiguan sus palabras. Moro y Vives quedarán así por siempre unidos en un ideal común, en un deseo de llegar a un humanismo cristiano verdaderamente universal.



(21) *Ibíd.*, p. 983, subrayado mío.

(22) *Ibíd.*, *id.*, subrayado mío. Tomás Moro fue decapitado el 6 de julio de 1535 y su cabeza puesta en la picota. Santificado como se ha dicho en 1935 por Pío XI, su fiesta se celebra el día 22 de junio junto a la de John Fisher.

CURSOS DE BALMESIANA 1994-1995

Balmesiana es una institución privada fundada por el P. Ignacio Casanovas, S.I., con el fin de «promover la cultura religiosa superior» (art. 1.2); dispone para ello de una importante Biblioteca abierta al público, edita las revistas *Analecta Sacra Tarraconensis* (de historia eclesiástica) y *Espíritu* (de filosofía), y organiza periódicamente conferencias y cursos de formación religiosa.

CURSO BÁSICO PARA LA FORMACIÓN CRISTIANA

• Se ha distribuido la materia en tres años, cuyo contenido y orden es el siguiente:

- Iº — Introducción a la Sagrada Escritura
— Fundamentos de Filosofía cristiana
- IIº — Cuestiones de Ética
— Fundamentos de Teología
- IIIº — Síntesis de Doctrina cristiana (Catecismo de la Iglesia católica)
— Síntesis de Teología espiritual

• Este año se exponen las materias del tercer curso. Los profesores serán, respectivamente, Mn. David Amado y el P. Antonio Queralt, S.J., profesor emérito de la Universidad Gregoriana.

• Las clases se tendrán los martes de 19.40 a 20.50 h., desde el 18 de octubre hasta principios de junio, en los locales de Balmesiana.

• La matrícula (7.000 ptas. cada año; 4.000 ptas. estudiantes) se abona al inicio de curso.

CURSO DE TEOLOGÍA

• A cargo del Dr. Francisco Canals Vidal, miembro de la Pontificia Academia Romana de Sto. Tomás.
• Se ha distribuido la materia en tres años, cuyo contenido y orden es el siguiente:

- Iº — Introducción a la Teología
— De Dios Uno y Trino
— De Dios Creador y Divinizador
- II — Pecado y designio redentor
— Jesucristo, el Verbo Encarnado. Mariología
— La Gracia de Cristo
- III — La Iglesia
— Los Sacramentos y la vida cristiana
— Escatología

Este curso de Teología sistemática atenderá constantemente como fuente al CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA.

• Este año se expone la materia del IIº curso.

• Las clases se tendrán los jueves de 19.40 a 20.50 h., desde el 20 de octubre hasta principios de junio, en los locales de Balmesiana.

• La matrícula (7.000 ptas. cada año; 4.000 ptas. estudiantes) se abona al inicio de curso.

BALMESIANA - c/. Durán y Bas, 9. 08002 Barcelona - Tels. 302 68 40 - 317 72 84

SUMARIO

LA SOCIEDAD CATÓLICA ACTUAL Y EL RECUERDO DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

José M. Alsina Roca

TEOLOGÍA DEL MARTIRIO

Eudaldo Forment

RIEGO DE SANGRE

Cardenal Gomá y Tomás

FLOS MARTYRUM

Lluís Carreras

LA VOZ DE JUAN XXIII

TESTIGOS DE CRISTO

TIERRA EMPAPADA DE SANGRE DE MÁRTIRES

José Vives Suriá

HISPANIA MARTYR

LA GLORIA DE LOS ALTARES

(Palabras de Juan Pablo II)

FRANCISCO CASTELLÓ ALEU

Javier Barraicoa

AFINIDADES ENTRE LUIS VIVES Y TOMÁS MORO

José María Romero Baró

GOIGS MÀRTIRS IMMOLATS REVOLTA DE

ALS SANTS A LA L'ANY 1936

La Revoita fratricida
us empelta al Paradís.
*Obriu-nos camins de vida
Màrtirs Sants del trenta-sis.*

Mals genets, l'Apocalipsi,
per l'Espanya desfermà,
i del Cel mortal eclipsi
prenuncia el tarannà
de la turba deïcida
amb satànic compromís.
Obriu-nos...

Foragiten la bonança
mestrelades de pecat,
i agonitza l'esperança
per indrets de soledat.
La tempesta es consolida,
sona l'hora del pendís.
Obriu-nos...

Sang de Màrtirs embolcalla
una terra impenitent.
No és anunci de mortalla,
sinó esclat de fe creixent.
Vi mirrat que a tots convida
no el beurà l'oblidadís.
Obriu-nos...

Seminaris de martiri
esdevenen les presons.
Mormolejos de saltri

hi recullen cèlics dons.
Caritat de Sang bastida
no perd mai del Crist l'encís.
Obriu-nos...

Enlaireu la vostra Palma
ferm estol de sacerdots.
Missa Nova, rou de calma,
ve entre befes, crits i assots.
Tot l'Infern no us intimida
ni l'esglai del dia gris...
Obriu-nos...

Guardeu Lleida, bisbe Salvi,
Vexil·lari de la Creu.
No coneix l'amor estalvi
quan per Crist la sang lloureu.
D'esta vall, a la partida,
qui us ha vist enyoradís?
Obriu-nos...

Irurita, a Barcelona,
emmiralla el Bon Pastor.
El Martiri l'esperona
com l'abella la dolçor.

Aqui es lliura sense mida
dóna Déu el zel felíç.
Obriu-nos...

Manuel Borràs, Pontífex,
és la Mitra i el Camí
escolpits pel Summe Artífex
al Penyal tarragoní.
L'elixir de sa ferida
tant de bo que el Món omplís!
Obriu-nos...

Cristians de tota mena
amb el buf de l'Esperit,
no refusen la cadena
ni la bala que obre el pit.
La maldat més embravida
no afeblí mai llur somris.
Obriu-nos...

Salve Atletes venerables,
del perdó enlaireu el cant,
perquè els Màrtirs veritables,
moren sempre perdonant!
Els heralds de la mentida
l'estel, tenen, fonedís,
Obriu-nos...

Puix la Creu de Crist ens crida,
que és la clau del Paradís.
*Obriu-nos camins de vida
Màrtirs sants del trenta-sis.*

PREGUEM

Déu Pare misericordiós que vau cridar als vostres servents, a seguir les petjades de Jesús pel camí de les virtuts, entre les quals sobresorti la fortalesa en tota mena de dificultats i temors, fins a la seva immolació cruenta: supliquem humilment que us digneu a glorificar els vostres servents fidels i valerosos; a fi que ells siguin per a nosaltres uns intercessors molt eficaços davant Vostre. Amén.

Pare nostre...

Lletra: Mn. Josep Maria Ferré i Castello pvre.

Música: Mn. Josep Monner i Rog pvre.

Dibua: Montse Virgili i Robert

Goigs per a us privat

GOIGS I CANçons

Parròquia de La Canonja